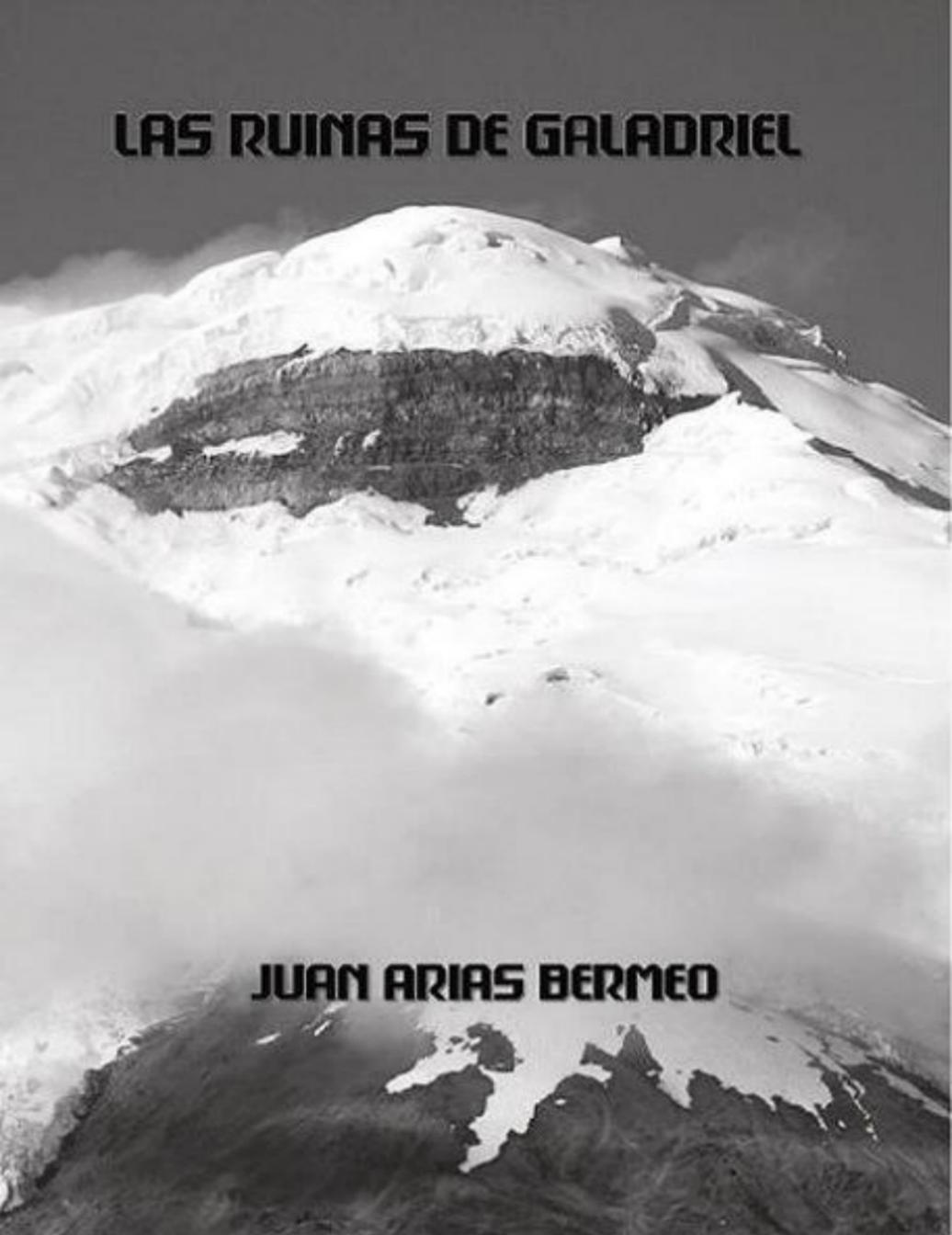


LAS RUINAS DE GALADRIEL



JUAN ARIAS BERMEO

Las ruinas de Galadriel

©**Juan Arias Bermeo**

Primera edición libro impreso

Junio 2009

Editorial Rampi

Páginas: 119

ISBN: 9789978998809

Segunda impresión

Octubre 2012

Editorial Bipedos Depredadores

Páginas: 118

ISBN: 9789978391068

Edición libro electrónico

Editorial Bipedos Depredadores

ISBN: 9789978391129

Imagen de portada:

“Camino a las ruinas...”

“Yo diría que todas las mentes son una sola. Me atrevo a considerarla indestructible, ya que tiene una peculiar tabla de tiempos, esto es, para la mente siempre es ahora. No existe en realidad, el antes y el después para la mente. Sólo existe un ahora que incluye memorias y expectativas”.

ERWIN SCHRÖDINGER

CONTENIDO

VELACIÓN DE LAS ARMAS DE KANTOBORGY	9
Ente racional	16
La doble y única piel.....	21
Mantra del santón himalayista.....	72
Canción del pirata urbano	85
Voces en los cuartos del anfitrión	88
Aterrizaje	94
Hallazgo filial.....	98
Dragones de Gea	100

VELACIÓN DE LAS ARMAS DE KANTOBORGY

Mira a Lovochancho desaparecer con el sol de media tarde estirándose en el valle refulgente como un océano verdín. Arriba, en las estribaciones medias y altas del volcán, se ha posado una nube traslúcida propicia para su recogimiento en ella. Lovochancho fungió de chofer a voluntad, no se separó un milímetro de los pedales de su todoterreno, obviando despedirse con los pies en tierra del caballero rumbo a la velación de sus armas de escalar, que apenas dio unos cuantos pasos y ya se deleita con los primeros cuadros de las fantasías musgosas que medran en los contornos del extinto palacio de Galadriel.

Lovochancho hizo lo ineluctable entre montañeses montañeros en pos de soledad. “Que te aproveche la velación de las armas, amigo Kantoborgy... No me bajo porque me daría ganas de irme de vivaque otra vez”, le dijo con esa mueca de entendimiento hacia el propósito del otro, sabedor de la necesidad de recogimiento de los góticos. Y él, Kantoborgy, también se dio por enterado de que Lovochancho le cogió gusto a salir solo en pos de su propio reto hacia arriba, de media montaña a tres cuartos de montaña. Fue jocoso verlo amparándose en su relajamiento, con aires de inveterado montañero que se halla tomándose obligado reposo, después de haber realizado una hazaña

ascensionista, a su medida, en el monte Corazón, su mentado retorno al Corazón.

No tiene nada que objetar a la montaña que hace Lovochancho, cada cual busca una Vertiente Rupal acorde a su propuesta de evolución psicobiológica. Agradeció no tener que extenderle un gesto de hasta aquí llegaron tus buenos oficios mi buen geómetra, pues no hubiese tolerado arruine desde el principio la intimidad que vino a buscar con el espíritu de la bella ausente, hay comuniones que exigen soledad divina. Lovochancho ya es un iniciado de estos trotes, dos noches desocupado de sus especulaciones matemáticas en su mansión de Guangopolo, dos noches trepado en la cresta del Corazón, dejaron limpia su aura, siendo él mismo el director y ejecutor de su ritual. He ahí el secreto de la religiosidad: uno mismo cargando el templo, el sacerdote y el feligrés. Por eso se retiró en paz a su cueva al pie de la extinta caldera del regordete Ilaló, donde a media mañana, y a tres cuartos de tarde, y cabalgando a la medianoche se embute de sus creaciones coquinarias que no envidian a la producción gastronómica del sibarita de los altos del monte Corazón, *Bollón Roscón*, y se equipara a la real mesa de Olegario Castro y al menú largo y estrecho o ancho y espeso del café Madrilón, y quién sabe supera las maravillas que inventa en los anillos acuáticos de Pelancocha el cocinero Pompilio Dela Cruz. Aunque el ilustre matemático jura que todos esos manjares, por gracia de su mente adolescente, quedan informes al lado de los platillos de banca, tiza y pizarrón de la secundaria, esos que degustó bajo el influjo del salón Guatería Manaba.

Fue una gentileza el menor esfuerzo que hizo Lovochancho, no tenía intención alguna de estropear su ingreso al territorio mágico de la ausente. El matemático correspondió el favor que le hizo al botarlo y recogerlo del Corazón. Hace tres días le tocó ir al encuentro del hombre pletórico de energía tras su campamento en la cumbre de su monte Purgatorio. Lovochancho bajaba envuelto en los

sonidos del animal que ríe, y los canes Pincho y Panda olfatearon su alegría porque se adelantaron a galope hacia su encuentro para propinarle sendos lengüetazos. “Una vivencia así hay que rumiarla en proporción a su temporalidad propia, o sea, media vida...”, filosofaba Lovochancho diciendo pensamientos de este calibre, cosa que daba gusto oírlo mientras se acercaba a su hogar repletó de viandas para festejar al aventurero del Corazón.

Soledad bípeda y recogimiento son requisitos categóricos para su propósito de velar las armas que usará en la próxima empresa escaladora sobre la cara del miedo; ésta exige a cada uno de sus músculos y nervios, de su unidad de carbono, dedicación a la presa inmediata, siendo el futuro de su empresa lo que marca el movimiento siguiente en la pared. Se congratula por el avance vital de Lovochancho, ya no requiere que nadie arree su integridad hacia el arriba de una montaña, venciendo esa laxitud a la que le incita el mundo ideal de los símbolos, donde tiene un refugio perfecto para huir cuando lo atacan las miserias corpóreas. Una vez que enfrentó a lo que consideraba su monte Purgatorio, retardando años la empresa de ir a por sus temores más profundos, por falta de confianza en sus posibilidades de atender sus límites, nada más que sus límites, en lo salvaje aéreo, dejó de negarse a sí mismo queriendo emular las acciones de otras “glorias” en el deporte filosófico que practican los góticos. Su rabia y envidia, por no poder imitar lo que otro hace (en los grados máximos de dificultad vertical) prendido a la roca y el hielo de altitud, se esfumó asimilando que sus limitaciones forman parte de su personalidad.

Ése era el secreto de ascender que se le reveló afuera, *en la tierra juvenil de los ojos atléticos*, habiéndose decidido a ir por ese arcano a paso de Lovochancho, después de tanto buscarlo replegándose en su refugio de lo bello inmutable pero gélido. No halló otra cosa que por sí mismo levantar su cumbre, la de Lovochancho; porque la de Kantoborgy es la mía, y la de Olegario Castro es la del residente del

Panecillo. Que mi maestro mental fue Olegario, no quepa duda; por eso nunca hemos hecho físicamente ni una cúspide que se diga de dos en conjunción de equipo, jamás hemos salido juntos a cortar la cabeza de un gigante andino. Lovochancho buscará su mansión florida de Guangopolo para rumiar funámbulo, en calzoncillos, el gusto de haber exorcizado sus demonios en las testas del Sincholagua y el Corazón. Cada cual es dueño de crear el azul de sus ojos, los aromas y texturas de su aventura, y deglutir la gracia de estar activos fuera de los autómatas que circulan en los días raudos entre semáforos y vahos de alquitrán. Lovochancho se ha ganado el respeto de su propio yo, el caminante; sin ser un perseguidor de la cima en tropel se ha eximido de acudir a los puntos de encuentro de las expediciones mediáticas, para la foto del disfrazado de héroe y su banderola en la zona de la muerte himaláyica. Sí, conforme a su ambición, logró vencer la abulia del pequeño burgués e hizo su montaña ecuatorial en soledad radical.

Cálida nube vestida de blanco, despejada de líquidos, atenta por el tornasol que dona la tarde, se ha posado en el ancho lecho rocoso de una quebrada flanqueada por murallas grises. Dejó atrás el fragor de las urbes industriales y el crepitar de autómatas bajo el signo del positivismo irracional. Esta vertiente cortada a pique por el desfogue de magma volcánico, marca el ingreso formal al mundo perdido de Galadriel. Así es como percibe que se va dando el ambiente para aislarse en las fragancias de la ausente, cuando de repente se ha desprendido del altiplano herboso que brillaba en la media tarde, y se ha librado de la tensión que lo acometió desde temprano en la mañana hasta poco antes de su vespertino ingreso al mágico sendero de las ruinas.

No puede ser de otra manera su entrada a los predios de la divina, es una puerta que se abre cuando sólo él se ve inmerso en las nubes cálidas. Su arribo tiene que ser invisible aunque fogoso, mudándose de la visión cristalina del valle al interior de la nube traslúcida; una tarde despe-

jada de arriba hacia abajo sería un desastre para su empresa, incorporaría estos parajes al conjunto del paisaje andino y sus lejanías, haciendo imposible el hallazgo espontáneo del portal. Un horizonte abierto lo enceguecería, no hallaría el sendero mágico de la ruinas, no entraría en intimidad con los predios que ella abandonó ante el arranque de celos del Cíclope. Atendiendo la saga que desembuchó Olegario Castro en las ondas largas de radio-libre Marañón, el volcán Cotopaxi, desde su última erupción, no cesa en su expiación, derramando ardientes lágrimas por su irremediable arrebató de amor y de ahí su incontenible desglaciación. Acorde con la misma leyenda, Cíclope, cuando el azul del cielo andino resplandece, revive el dolor de ese amor perenne: su gran ojo, ennegrecido por el llanto, contempla las ruinas de lo que fue el palacio de Galadriel.

Como se dice en la jerga de los individuos escogidos para ser míticos en las montañas de Gea (esos rinocerontes psicológicos y filósofos de la zona de la muerte), él está a punto de pared virgen ochomil. Tiene los genes de los nacidos en *la tierra juvenil de los ojos atléticos*; ha cursado en la rigurosa escuela de los magos de la roca y el hielo; ha combinando su atracción por las nubes con la gimnasia horizontal, que le recomendó Olegario Castro, en los túneles de bosque primario andino. Como *Hölderlin*, "el vate de los ojos atléticos", Kantoborgy es un hombre criado en los brazos de los dioses góticos; su abrazo con las Parcas en los desniveles que aún permanecen intocados de la cara sur del Annapurna, sólo puede darle poesía.

Nada más le pido a la naturaleza salvaje de mi destino.

Desde que regresó de su impensada aclimatación en la cota de los ochomil metros de altura, sobre el *Niño turquesa* (sin contar su cima como un logro ascensionista, por su aversión a la gratuidad), se afirmó en el asco que le provocan los retos himaláyicos que devienen en un viaje de los sentidos a los estercoleros de altitud. Aunque le trajó gracia esa extenuante caminata en la ruta normal, por lo de

los “refuerzos negativos y positivos” que le machacó el eminente deportólogo, M. Puertas, para animarlo a que se vaya de paseo al Cho Oyu. Esa multitud pateando las laderas del *Niño Turquesa*, lo dejó sin ambición alguna de traerse en la faltriquera un mechón de la cabeza de tan atormentado gigante del Himalaya. El gótico está en las antípodas de lo que es “vencer” una montaña ochomil al estilo trillado que hace décadas dejó de ser romántico (desde las expediciones chovinistas para someter a los montes Himalaya produciendo, conforme a los valores imperantes en la Europa posterior a la segunda guerra mundial, los héroes que clamaban las muchedumbres neonacionalistas). Los neo-románticos hacen sus hallazgos lejos de los campamentos y las cuadrillas subiendo cerros de futuros desechos, basura que no se recopila en la fotografía de los seudovencedores, se esconde todo lo sucio que hay detrás de las impecables crónicas de los intrépidos expedicionarios de lo imposible hecho posible merced a muletillas de diversa índole.

Toneladas de equipo ascensionista, bestias de carga humana que suben basura sintética, píldoras para una eufórica resistencia en la altitud, tragaderos dignos del apetito de un obispo, cráteres repletos de las herencias biodegradables de los conquistadores del *Niño Turquesa*. La montaña de Lovochancho, al lado del escatológico menudeo de los trepadores himaláyicos, es digna y pragmática. Sí, Lovochancho, no tenías que irte a ese estercolero denominado gentilmente *Al filo de lo imposible*. Sí, Lovochancho, para levantar la escuela de tus ojos te basta el monte Corazón. Hemos celebrado el renacimiento de nuestro Lester González, que lo teníamos por un autómatas incurable negándose a sí mismo en los cuartos de Ecuainforme S.A., hasta él encontró gracia en las montañas tropicales, no ascendiendo por ellas sino bajando a refundirse en las delicias de sus intimidades inferiores. Nuestro triple-ingeniero, buceando en las faldas de las montañas de Gea, se curó de su tecnolatría, y ya está instalándose en la Nueva Era, la hacienda donde por fin hará

realidad su proyecto de ser un agricultor de subsistencia merced a los pozos de tierra negra.

La pared de Olegario Castro es un testimonio de lo posible, a cuenta de lo integrador, en las cumbres de los altos Andes ecuatorianos. La campaña vertical de Castro no fue empañada por esa intempestiva ascensión que hizo al techo del mundo; éste prácticamente la echó al olvido, por más que sufrió en soledad el ascenso por la equipada ruta corriente, finalmente una multitud lo acompañó en la coronación del Everest, avergonzándolo hasta la medula de su ímpetu gótico. El Everest, denominado por el primer hombre que holló su cumbre como *fiero bastardo* por su indomabilidad, hoy sufre las pisadas de variopinta fauna ochomielera que le pintan el rostro cuando les apetece. Hace años que Castro le contó la historia de la *conquista de los montes Himalaya*, y esto cambió radicalmente el rumbo que en su adolescencia, los ilustres consejeros del arribismo andino, pretendieron darle a sus ambiciones ascensionistas, luego de haber sido carne de cordada chovinista a través del club que lo ayudó a pagar su estocada a la vía sur del Aconcagua, alias el Techo más ensuciado de América.

Es menester lanzarse a lo útil, a conquistar los catorce ochomiles, y ser el más joven en haberlo hecho, le decían los juiciosos manejadores de las metas de hormigón armado, esos autómatas que rinden culto a la máxima del célebre exprimidor de limones occidental: "Plata en mano, culo en tierra". Providencialmente, para el joven aclamado por vencer a la cara sur del Aconcagua, esa suerte de pisar catorce veces la altitud ochomil, posándose en la cima de cada uno de esos colosos penalizados por prolongarse en la cota donde anidan Las Parcas, después de las gestas de los conspicuos pioneros Messner (filósofo de la altitud) y Kukuczka (rinoceronte psicológico), se fue desacralizando hasta volverse un desabrido escenario de los actores de *Al filo de lo imposible*.

La catilinaria de Castro retumba. Uno solo de los retos olímpicos que se puede todavía enfrentar en las paredes

del miedo, en las vertientes más salvajes de esos mismos montes asediados para repetir la cantinela de campamentos y la hedionda procesión de bípedos trepadores, vale más que catorce desmitificaciones de la montaña. ¿Kantoborgy, quieres ser un insaciable fornicador de la altitud? Adelante, descubre lo evidente obsceno con dos decenas de encapuchados en tu rededor, llora, ensúciate, vomita y recibe hieráticamente el diploma de ochomielerero. Luego ponte la careta de héroe y entrérganos tu librito repleto de nítida fotografía para no matarnos del asco y el hastío con la paella de los campamentos 1, 2, 3, 4, 5, 6..., antes del paso denominado asalto a la cumbre. ¡Vamos!, mañana quiero que me remitas ese texto para estamparle las dos primeras y últimas palabras que se merecería: reluciente porquería.

Desde su inicial visita a los cuartos de radio-libre Marañón (después de un despertador peregrinaje en los espacios perioverborreicos contando su hazaña juvenil a la gran familia de los comunicadores sociales, cuales hicieron malabares intentando racionalizar su lenguaje gótico), supo que su meta vertical era en soledad, ultraligero y consecuentemente de rápida resolución ante la tentación de fugarse a dormir en el seno dulce de las diosas de su destino, las Parcas.

Así como Olegario Castro tiene sus anónimos mecenanas para que las emisiones de radio Marañón sean el medio de expresión de los góticos, él, Kantoborgy, también cuenta con un anónimo patrocinador de su vértigo, materia que ha caído en lo fascinante desconocido, poniéndole bajo sospecha en la psicología persecutoria del ufólogo Duvolosky.



ENTE RACIONAL

Así lo viene denominando porque fue como se presentó desde el primer contacto, “soy un ente racional sin

nombres ni apellidos cristianos, puedes llamarme como te venga en gana, mas una vez que lo hagas sólo lo harás así...". Y no se le ocurrió mejor cosa que nombrarlo de esa manera para no confundirlo con un ciudadano cualesquiera que se llame Alberto, Pedro o José. No sabe nada de sus señas particulares desde que entraron en un intercambio cognoscitivo anormal, extraordinario, y por su modo de hablar desenfadado, caribeño, no puede adivinar su fisonomía, o no hace ningún esfuerzo por saber qué tipo de forma *Homo sapiens* le corresponde (si es que le corresponde), así que le sienta estupendo su nombre abstracto, como para no perder el tiempo imaginándolo en sus tareas cotidianas con la biociencia. Ente Racional exigió exclusividad en la aventura que promociona íntegramente en Kantoborgy, proporcionándole una pensión monetaria regular, liberándolo de toda preocupación en lo concerniente a realizar trabajos insulsos en este mundo. Merced al Ente Racional es un becado de la aventura, eximiéndose de exhibirse con ningún tipo de bandera y/o logotipo de casas comerciales, nada de chompas forradas de letreros para la risa fotogénica de cocodrilo en escenarios montados para la ilusión óptica, pues en realidad son instalaciones espantosas hechas para el lucimiento de la decadencia perioverborrea. Este compromiso que tiene con lo extraño hizo que no piense en comerciar los relatos de sus viajes en pos de lo inútil, olvidándose de las pantallas y los micrófonos de los muertos de hambre de curiosidades, remitiéndoles a los imagólogos que buscan su "opinión" a que sintonicen radio-libre Marañón, que no es un medio de comunicación sino un destino de la comunicación.

En apariencia, Ente Racional, lo único que pide al gótico es que utilice prolijamente los productos de la biociencia que le viene proveyendo para su cometido anormal. Nada de lo que remite Ente Racional se encuentra en el mercado común de múltiples productos para sufrir el montañismo extremo. "Tranquilízate, no te hagas nudos sobre su constitución y alcance, usa el equipo que te mando a reven-

tar y bríndale tu esfuerzo a lo que podrías llamar milagros de la biociencia...”, le había dicho su patrocinador en tono jocoso.

Ya dejó de ser un presentimiento, puede sentir que esos prototipos de la biociencia lo están induciendo a un salto biológico irreversible, es decir a una mutación kantoborgyana sin parangón entre los góticos. Así lo ha venido palpando desde que somete esos inventos a la prueba de rigor en vivo, aprovechándolos sobre la marcha de sus afanes escaladores y, regresando de su fatiga, ha reportado verbalmente al Ente Racional la ventaja que les sacó, jamás ni una palabra ha quedado asentada en la modalidad escrita porque está proscrita entre ellos dos. Obviamente, esa suerte de resumen verbal que hace de sus exploraciones, viene a ser una parodia fugaz de su experiencia sensorial en situ. No obstante, sus apreciaciones surrealistas de lo inexplicable, le han bastado a su proveedor de material para sus aventuras, y éste continua avante subvencionándole aunque no haya intención alguna de plasmar una teoría científica al respecto de su evolución psicobiológica.

El profesor Duvolosky, pena por obtener una pizca de ese equipo de escalar que le ha llegado a su mente a través de lo que puede filtrar del lenguaje de altitud (difícil de captar su esencia para alguien que no ha experimentado la soledad del montañero, sino únicamente la del montañés callejero, la del montañés playero, etcétera). Duvolosky literalmente pega sus oídos en el dial cuando se emiten los diálogos entre Castro y Kantoborgy. Tiene debilidad por los “misterios mayores”, su entretenimiento existencial es sospechar dónde los puede explotar, por eso el domo del Panecillo está bajo su lupa de ufólogo, es su obligación investigar ahí desde que la herpetóloga Gitte liberó en el mundo noctívago el fenómeno que responde a las siglas ES, *Espaciales Saponáceos*, que es una suerte de raptó o abducción de sapos y ranas de la amazonía por anfibios galácticos inteligentes que no quieren saber nada del *Bichomonstruo*

cadaverófilo repúgnate atroz (como lemnianamente es denominada la especie humana por parte de la científica danesa afincada en la cuenca media del río Napo). Duvolosky quiere y debe investigar “hasta dar con la última verdad tras la apariencia de terrena excentricidad del domo del Panecillo”, tiene olfato para lo extraño y de ahí el salto a vislumbrar inteligencia alienígena es cuestión de inercia. Tiene en la mira al puñado de hombres que pueden ingresar a la hermética mansión de Castro, se desvive por hacerse invitar a ella pero la visa de entrada a las madrugadas de los cuartos de Marañón no le arriba. Castro se ha encaprichado en no invitarlo a pasar a su dominio aéreo, como si le divirtiese ese estado de sospecha en el que se mantiene ante las orejas de un Duvolosky impedido de ver en el interior del domo del Panecillo. No obstante, en días pasados, ya le prometió al profesor Duvolosky que cualquier momento le abrirá las puertas de su nave para que investigue hasta en los recovecos de sus instalaciones. “Eso sí, mi querido ufólogo, no me hago cargo de que usted se infarte, ya sea por toparse de frente con lo alienígena o por sufrir un desengaño rotundo al comprobar que no soy más que un vulgar *Bichomonstruo cadaverófilo repúgnate atroz*”.

Kantoborgy lamenta no estar en condiciones de colaborar en serio con tan jocosos personajes del subjetivismo extraterrestre, se lo impide una cláusula inviolable de su contrato verbal de mutuos servicios con el auspiciante de su empresa mutante, y no puede más que ser leal a tan magnífico mecenas, venga de donde viniere. En todo caso le está permitido hablar de las aventuras que tiene con su equipo extraordinario de montaña como si se tratase de una fábula. Cuando el da cuenta de sus aventuras concretas fabula, está recreando en otro tiempo y espacio lo que le sucedió y vivió en tiempo tal y un lugar tal, por eso hasta los perioverborreos que se empeñan en no salirse un segundo de la “realidad” son los más fantásticos a la hora de decir la “verdad” desde sus escenarios para la imagología que encapsula a las

masas. Si diera especificaciones concretas de su equipo, por ejemplo, la tienda que se adhirió molecularmente a declives dantescos en el volcán Cayambe, y, por añadidura, dentro de ella levitaba, nadie se creería eso textualmente. Si él le diese la Grizzli 13 a otro montañero para que haga lo mismo en tal o cual pico de miedo, no funcionaría en absoluto, son diseños creados exclusivamente para Kantoborgy, de ahí su identidad psicofisiológica con el único usuario.

Se aparta del lecho del cañón que abriga en su centro un canal de agua cristalina producto del derretimiento de los neveros colgantes y glaciares del volcán, vertiente que se desborda y se torna lodosa con las tempestades, terminando en una cascada al desfogar en la planicie. Caída de agua que otrora, en una mañana de viento y cellisca impenitentes, en la que Lovochancho resignó su deseo de meter las narices en las ruinas, la comparó con la fogosa melena chocolate de su Adelaida Matute. Ascende por una rampa de arena gris compactada, adornada con grandes piedras cubiertas por musgos que precariamente las sujeta en el plano inclinado, formando una trampa para el caminante desprevenido que aspire a sujetarse de ellas para ayudarse a subir la cuesta, éstas cederían al vacío apenas se las hale o empuje. Una vez que alcanzó la arista musgosa, advierte las huellas frescas de lobos de páramo, en adelante hará notar su presencia a los cánidos para que reconozcan al peregrino de las ruinas de Galadriel.

Aúlla, humanamente, aúlla.

Conforme se adentra en territorio de su señora Galadriel, mimetizado en la nube traslúcida, relaciona que la soledad de este ingreso lo mete en el ritual inherente a la velación de armas. Bastaría un *Homo sapiens* más en el ambiente para hacer de su despida un fracaso. Velar las armas ante el derruido fasto de Galadriel, en una cota próxima a los cinco mil metros de altitud, exige recogimiento y un mínimo de ayuno; no viene a padecer de inanición, nada que perturbe su nocturna guardia de las murallas es bienvenido,

pero sí limitará sus alimentos a frutos que laven su sangre. Esta suerte de apenas comer en la altitud, lo hace propenso a fundir su mente y su cuerpo en el reto de una pared; asume que esta modalidad del mínimo alimento para el máximo esfuerzo, le viene de un genoma que comparte con egregios escaladores como el señor Olegario Castro. De hecho, el personaje que lo motiva a que escale, taxativamente hablando, como un geko, le participó que se ha tomado el trabajo de hacer estudiar su genoma en pro de la biociencia (¿dónde y quién o quiénes lo hicieron?: misterio), y dicha investigación concluyó que tal don de forzar sus límites en la naturaleza inhóspita está escrita en sus genes.

Somos una república de células en acción coordinada para poder rendir más que ayer. Entonces ya tenemos el genoma Kantoborgy superando al genoma Messner y al genoma Castro. Nos place que la biociencia establezca que nuestro genoma pertenece a la elite de los que han evolucionando a la cabeza de sus ejércitos de diminutos, lejos de los autómatas retrocediendo en la vanguardia de la estupidización.



LA DOBLE Y ÚNICA PIEL

Ente Racional está para que él, Kantoborgy, viaje a las cúpulas de lo insólito. Y lo que carga ahora en el macuto es graciosamente lo que le había dicho, casi enseriándose, la voz del proveedor de maravillas de la biociencia: “Tendrás algo más que un traje térmico, o sea una piel que se adapte al cuerpo-mente del usuario. ¿Complejo, no?... Pero no más complejo que vos mismo, Kantoborgy”. Este último modelo de ropa psicobiológica que trae para colocárselo sin otras prendas adicionales, es de una sola pieza que lo cubrirá entero de los pies a la corona, suave y fino como un producto de lana de vicuña. ¿Voy a quedar como un fantoche de tiras

cómicas? Más bien te reflejarás en un gótico adelantado a tu época. ¡Cuánta expectativa por calzarse el traje de fiesta para danzar con los recuerdos de Galadriel! Este experimento será su mayor aproximación a la desnudez en la intemperie bajo cero, aprovechando la noche de vigilia que le aguarda.

—Imagina andar desnudo por el continente helado de la Antártida, como un abominable y postmoderno yeti —observó el holograma de Olegario Castro, retrepado en la butaca de mando de la nave que surca en el océano cremoso del amanecer de La Medusa Multicolor—. Ahí tienes, Kantoborgy, lo que haría yo gracias a tú piel térmica, sí, eso: retornar a la naturaleza aullante, vivir como elfo en los bosques, páramos... ¿Y en las selvas tropicales y desiertos ardientes? También pues, si tu piel sirve para andar desnudo en los glaciares servirá para hacer lo mismo en su antípoda, como una piel atemperada a calores varios, ¿qué sé yo?

—No te sulfures mi querido gótico, sería tu doble y única piel fundida a las circunstancias del cuerpo-mente del destino de Olegario Castro...

—O sea mente y materia en cueros que no te los podrías quitar después de haberlos estrenado; dime, ¿tu nueva piel se ensancharía y finalmente se chuparía junto a la piel original?

—Mejor que eso, permanecería intacta en su conjunto, sus células decrepitas se renovarían hasta la hora del fin del instante corpóreo. Figuremos que esta piel te brindaría la temperatura que más te apetezca, ejemplo comparativo: vos mantienes el domo en un calorcito que se recicla a sí mismo, y te regala los aires de valle interandino subtropical seco, día y noche. ¿No te aburres de los invariantes veinte a veintiún grados centígrados que circulan en tu hábitat?

—No, jamás —respondió tajantemente Olegario, y añade—: Sería como preguntarle a un longevo campesino, como de cien años de edad, si no está asqueado de cosechar yucas dentro de los aromas a molienda que despiden las

plantaciones de caña al pie del cerro Mandango. Hay costumbres que son una delicia mantenerlas hasta el último suspiro, como la de beber sangre de archiduquesa que tendría un vampiro nacido en las viñas del Señor. La temperatura ambiente del domo es la precisa para evocar la vega de mi infancia en Amable María, donde anduve lo más próximo al paraíso natural, antes de que la frieguen encerrándome en la escuelita de los autómatas.

—No te me irás a poner sentimental con un trago apenas que llevas del Aguardiente Agustino.

—Vos me metes en lo fabuloso... Tú eres el que trae a colación lo de la piel reciclable, siempre tensa y joven hasta inhalar la bocanada de la última liberación —repuso, Olegario, dándole una larga calada al puro Toboso, estirando su cuello a ver si logra pescar la visión de los sauces llorones inclinados en las mañanas de riachuelo corriendo a la mar salobre del cachorro de gótico.

—Cuídate del virus del sentimentalismo que enterró a Villa Híbrida...

—Placidville, dirás —corrigió Castro—. En buen romance podríamos mentarla como Villa Plácida, Villa Contenta, Villa Feliz, ¿qué sé yo? Ayer nomás me hizo llegar Ana de Cazaderos los manuscritos póstumos de Teodoro Morris, su crónica sobre el suicidio colectivo de los últimos habitantes de Placidville, allá en las llanuras de Brecha de Búfalo, donde se han recuperado los bisontes almizcleros que desconozco.

—Supongo te envió los manuscritos para que pongas ahí tus Primeras Palabras, las que son ya esenciales en las ediciones de la Casa Azul.

—Sí, pero serán las últimas que le dedique a la obra de ese incorruptible cronista de la existencia sin amortiguadores, ¡qué súbdito de Dioniso se nos fue dejándonos el buen sabor de su fortuna! Olfatea, Kantoborgy, aquí estoy girando en torno a los aromas del tabaco y el elixir de las verdes matas de quinta San Agustín.

—Más bien se me vienen los aromas del tesoro gastronómico que dejó el Saqueador, me refiero a la olla de alverjas con guineo que reposa caliente en el portal de la Casa Azul, aromatizando el parque central de Malacatos, cual trampolín a los atajitos de caña y tabaco que sí hemos recorrido.

Huellas de lobos se suceden en la tierra vegetal, desde que camina por el filo de las grandes manchas de musgo que hacen las sinuosas alfombras de verdes pardos que rodean las ruinas. Una vez que se le abrieron las puertas de la percepción ya no lleva apuro por alcanzar el centro de los vestigios de lo que ayer fue solaz del Cíclope, cuando en su regazo volcánico, en las noches estrelladas de cuarto de luna creciente, brillaba la joya arquitectónica de los gigantes andinos, el castillo de Galadriel levantado con el cincel de Miguel Ángel en negro granito. La saga dice que ella y su séquito de náyades, entre los acordes de las flautas de Baco, danzaban rumbo a la aurora. Galadriel abandonó para siempre su palacio estival por fuerza mayor de los impertinentes celos del Cíclope, furia que lo hizo desatar su poder magmático buscando enterrar en una cascada de lava a Krizofilax Equinoccial.

Cíclope tuvo la malhadada idea de convencerse a sí mismo que el comportamiento errático del dragón de alas atrofiadas, poseedor de un par de lacrimosas ventanas verdes perennemente enamoradas del páramo, escondía intenciones lúbricas detrás del inocente juego con Galadriel. No entendía que la debilidad de Krizofilax Equinoccial, condenado a no volar como sus mayores, había tocado la sensibilidad de Galadriel, cautivó su corazón de madre la tristeza de esos grandes ojos del dragón que no era de piedra como su pariente, Dragón Rojo. Si Cíclope, que es el volcán más visible, fuerte y altivo partiendo de la cintura de Gea, después de la erupción que acabó con el palacio y la paciencia de Galadriel, ahora tiene ánimos de proteger a ese mutante, no se diga un corazón de madre. Sin embargo,

la mente atormentada del celoso impertinente, figuró que el escurridizo joven disfrutaba furtivamente de los favores de la divina, cosa que se hizo patente cuando los pilló en una radiante mañana jugando a las escondidas en el romántico paraje “remanso de lobos”, a donde acuden los cánidos en la estación de apareamiento. Cegado por su furibundo temperamento, jamás se le pasó por el caletre que era un juego cándido entre dos soledades que se prodigaban en una amistad a leguas incompatible con la carnalidad, pero él quiso ver ahí un espectáculo sicalíptico. Enfermo de celos, aquella mañana de olímpico azul despejado de nubes y brumas, observó al joven Krizofilax Equinoccial yendo tras el objeto de su deseo, y la vio a su Galadriel invitándolo a que la tome salvajemente. Eso fue lo que su apasionamiento lo hizo ver, y la respuesta fue instantánea, tembló el ombligo de Gea. La furia le duró meses, por más que su hermano mayor, el monte Chimborazo, le hacía un llamado constante a la cordura, gritándole: “¡Tranquilícese, Cíclope, tranquilícese, está siendo víctima de las visiones de un macho endemoniado!”. Fue imposible apaciguarlo con regaños. El Chimborazo pacientemente toleró los cenicientos escupitajos que le lanzaba su desquiciado hermano en Gea. Cuando se calmó Cíclope tuvo que aceptar que ella se marchó por obra de sus celos infernales, y que en adelante tendría que contentarse con la música y los aromas indelebles que le heredó la ausente. Y aquí están tres con esa suerte compartida, el dragón mutante que por jugar inocentemente a las escondidas provocó una erupción volcánica; Cíclope, que viene tolerando cada vez menos los amaneceres límpidos porque le traen el recuerdo de su transitoria locura; y él, Kantoborgy, imaginándose el retorno de su Galadriel, la mujer de carne y hueso, la que amó en las Lagunas del Compadre, concibiendo allí el fruto fantástico de su amor carnal: Mariposa Libre.

Regresando a ver en el filo de la rampa de arena gris que se clava en el cañón, de a poco se refleja en sus ojos la

flamante huella del animal mítico que había recuperado a propósito de la memoria que hizo de la saga del Cíclope. Esa huella monstruosa de reptil antediluviano, de lagarto terrible, no podía ser más que la del mutante terrestre que sabe habita mimetizado en las dunas que llevan su nombre, Krizofilax Equinoccial. Así las denominó él también desde que descubrió su presencia en las faldas surorientales del volcán, merced al olfato de la perra Panda que hizo migas con ese ser aún invisible, en conjunto, a sus ojos de montañero. Se prende del cuadro con el regocijo de un paleontólogo que ha hecho intempestivamente el hallazgo jurásico de su vida. Imagina al dragón tirando para abajo a grandes zancadas, jugando... ¿con quién? Ya, estudiando la huella, se percata que también hay otras marcas cuadrúpedas, comparativamente diminutas, y algunas de éstas se incrustan dentro las gigantescas pisadas. Confluye en que Krizofilax Equinoccial, que ha trabado amistad con los lobos que generación tras generación se han sucedido conformando la manada guardián de las ruinas de Galadriel, inició un juego con estos. Los lobos están tan prestos a divertirse contigo como a su hora te robaste el corazón púber de la feroz Panda. Aquí hubo una persecución a tu estilo de peculiar dragón, a vista está que has sabido canalizar a tu favor los instintos de los lobos para que te distraigan de tu antiquísima melancolía.

El escalador que dio nombre a la “vía Kantoborgy” en la horripilante Vertiente Rupal, viene inmerso en los aires benignos que despide su empresa de la velación de las armas, caminando en el tiempo a la voluntad del peregrino, enfrascado en el espacio que orbita en los preceptos del Caballero de la Triste Figura. Ritual que debe ser practicado antes de entregarse a la suerte de las Parcas, en caso de que si le toca rendirse en las fauces de lo ignoto, sea bendito por los aromas que Galadriel dejó empapando en sus ruinas. Tan pronto se metió en las pinceladas de viejos musgos pardos confundiendo con los retoños verdes, y las criaturas

que mantienen vigente la saga de su señora se hacen sentir en señal de plena aceptación del peregrino.

“Lo práctico contigo es que no hay que seguir un curso de perioverborreismo para comunicarnos”, observó sonriente la voz del proveedor de maravillas psicobiológicas. Qué bueno, Ente Racional, porque hace mucho dejé de hacer el menor esfuerzo para que los autómatas entiendan mi lenguaje.

Estando solo -sin la compañía de la perra Panda- resulta extraordinario que asome nítida, estampada en la arena húmeda y compacta la huella de Krizofilax Equinoccial; según la costumbre éste debía mimetizarse en las dunas, sin darle opción a captar su todo físico. Krizofilax Equinoccial se hizo notar asaz rápido con su toque ladino, asume que el dragón ha venido vigilándolo desde que perdió la noción del tiempo vulgar para ingresar al tiempo mágico. Debe ser ya un buen rato desde que esos ojos lánguidos, cuales hechizaron el corazón maternal de Galadriel, lo observan. Lo insólito es que tal mirada melancólica, lustros después, ha encandilado al mismísimo Cíclope, quien arrasó con toda naturaleza que se puso a tiro de su incandescente ira pretendiendo, con esa estrategia de tierra quemada al paso de sus celos abrasadores, desaparecer al “insignificante mutante” que aparentemente no es ni las pisadas del ser poderoso e implacable que es su padre, Aleph Dark.

¿Si Krizofilax Equinoccial existe, por qué no el resto de los legendarios Dragones de Gea, al mando de Aleph Dark? Relaciona que acorde con la saga éste es el día que el Cíclope debe invitar a Krizofilax Equinoccial a su mesa para desencadenar el futuro de los Dragones de Gea. En sus aristocráticas instalaciones al interior del simétrico cráter, presentará a Krizofilax Equinoccial tal como evolucionó psicobiológicamente en su medio ambiente volcánico, siendo un fenómeno distinto a sus pares aéreos. Será la noche de la convención de dragones que suscitó el ultimátum de Gea, cual los conminó por su desidia, llamándolos a que

detengan los desastres provocados por el *Homo sapiens*, o en ello va su propia supervivencia, el humillante ocaso de los Dragones de Gea por su propia abulia, degenerados de tanto no querer salir de su moderno estado de lamentables seres fotogénicos, desmitificados en los cuartos de la imagología del Antropoceno.

Cómo no sí señor, Gea, está que arde con las agresiones del bípedo insufrible; éste, con sus ínfulas de creador de infiernos de hidrocarburo, ha socavado su divinidad. Ha reflexionado en las dos facetas que pueden darse si el bueno de Krizofilax Equinoccial, en una hipótesis soñadora pero para descartable, asistiera a la reunión en los reales aposentos del Cíclope para ser presentado a los Dragones de Gea.

¿Será capaz Krizofilax Equinoccial de hacer a un lado su timidez, o mejor dicho su resistencia a contaminarse, y arrostrarles su mutación terrestre a los dragones voladores, éstos desafiados a actuar como los míticos guerreros que deben ser o en caso contrario perecer en la ignominia: despreciados y echados al basurero Antropoceno por la misma Gea?

Extensa cuestión... He aquí las dos probabilidades que admito este instante, siendo una de ellas claramente mi favorita:

1.- Aleph Dark (Krizofilax Equinoccial, jamás lo ha sentido como un padre, y éste tampoco lo ha reconocido como su hijo por no saber de su existencia de dragón en tierra), lo decapita de un bocado, apenas se lo presenta Cíclope, antes de que parpadeen los fascinantes ojos del mutante.

2.- Aleph Dark, en un arranque de sentimiento paternal sin precedentes en los recientes milenios de su acorazado corazón, reconoce en su vástago las melancólicas ventanas de renaciente pajonal que le remitía su irrepetible amor, Pangis. Y con sólo una mirada de Krizofilax Equinoccial revive el placer de la compañía de Pangis, cuando volaban entrelazados en un planeta de un sólo continente y un sólo océano. Aleph Dark, desplegando sus alas, emitiendo un

gemido paternal sin parangón en su larga existencia, lo acoge a su hijo tan diferente como es, provocando la ovación de los testigos, a saber, los otros cinco dragones (que nadie les ha puesto nombre individual por haber caído en el olvido su poder manifiesto en otra era). Cíclope, por ser el suscitador de la escena, habrá de soltar un lagrimón furtivo festejando para sí su apuesta por la armonía entre padre e hijo aducidos en temperamento y catadura.

Bajándose un tanto tras las huellas del arisco fenómeno y los lobos, acabó descendiendo por el arenal a zancadas hasta dar con el lecho de piedras de la quebrada, donde desapareció el rastro de los jugadores. Lo movió un afán de estampar en la rampa de arena las huellas de sus botas, las que se unieron a las desnudas marcas zoológicas de los participantes en el antiquísimo juego de las escondidas. Con ello se añadió en ausencia de los lobos y el dragón a la persecución. Parándose en la explanada pedregosa contempla la obra que montaron tres naturalezas psicobiológicamente distintas. A lo mejor se fosilizan y este cuadro de tres naturalezas en persecución queda grabado para los milenios venideros.

Ahonda en que la situación de Krizofilax Equinoccial no es lo que parece en el entresijo de su hábitat de dunas herbosas (ese laberinto que paradójicamente los fluidos magmáticos y la furia piroplástica del Cíclope, colaboraron en su formación), siendo que tras su notable timidez se concentra su fortaleza, pues, ni un volcán en erupción de celos pudo con él. Tal propósito del Cíclope por desaparecer al púber y seductor dragón fracasó estrepitosamente, en medio de una devastación a veinte kilómetros a la redonda, que dentro de lo que es capaz su fuerza destructiva fue una ligereza. Es irrefutable, podría haber sido bastante peor. Pero todo ello para acabar con un contrincante inexistente, al que podía neutralizarlo lanzándole una piedra de dos metros de diámetro a la cabeza, sin tener que usar para nada su poder telúrico. El Cíclope habrá lucubrado en su

alucinada pasión, y arribado a la certeza de que todo fue un engaño de la modalidad de lo visual. Ahora sabrá que lo que a la vista es la debilidad del benjamín de los dragones no es tal, de hecho ha demostrado que no está petrificado como su primo Dragón Rojo, que apenas sirve para la fotografía de los amantes de las formas lejanas de los animales andinos.

¡Krizofilax Equinoccial, vive! Básica, pero asombrosa deducción; éste no es un adorno para los ojos de los autómatas que transitan engeguécidos en la pista de asfalto. Gea le tendrá reservado un puesto principal en la mesa de los dragones, donde ella arengaría a sus ineficientes custodios:

Aquí tenéis al único que podéis llamar *vividor* de entre vosotros, ¡oh, útiles fonómicos! Sí, contempladle, porque éste no ha necesitado ser un lagarto de fantasía para superarse en tierra, le ha bastado con mostrar algo de su todo para que humano, o cánido, jamás lo pueda borrar de su memoria. He aquí el conquistador de lo inútil batiéndoles largo en vitalidad, no ha parado de evolucionar psicobiológicamente. ¿Será posible, ¡oh, risas de cocodrilo!, que así mismo vosotros retornéis al antiguo ejercicio de pensar reflexivamente y existir a la vez?... Y no ser únicamente instrumentos del pensamiento calculador que ha hecho de la especie *Homo sapiens* un muerto viviente y no un ser que vive intensamente frente a la muerte, gracias a la cortedad de su instante encarnado. Este dragón mutante se hizo solo, su madre Pangis, temerosa de que Aleph Dark no tolere que un vástago suyo no despidiera fuego devastador en sus ojos sino mortal poesía, lo abandonó en las faldas surorientales del Cíclope. Krizofilax Equinoccial (así le llamó ella a su retoño para diferenciarlo del nombre que cargó un humilde dragón que residió en el país del día que los dioses no apagaron la luz), desde su infancia cayó en el rango visual del Cíclope, y fue parte de la fauna primigenia de sus estribaciones vegetales, y éste no le tomó más en consideración que cualquier bicho rumiante de su dominio, hasta que...

Brillante mostró ser la ausente Pangis. ¿Cómo habrán sido los ojos de esa tumbadora que templó a sus pies al inconquistable Aleph Dark? Así, ella, instintivamente, preservó a su cachorro mutante de la decadencia dragonil. Esto sugiere que Krizofilax Equinoccial está predestinado a reanimar a los dragones mayores, (*...oh momias de comerciales del rectángulo que inauguró la era de la vigorexia entre cuatro paredes, mientras que narcotizado por la pena Aleph Dark dejó hacer...*), haciendo que se levanten de entre los millones de homininos que deambulan cual muertos vivientes, formando sociedades de consumo que al final pesan lo que en la piel de Gea pesan las infatigables multitudes de hormigas.

Da unas cuantas zancadas a un costado de la rampa de compacta arena gris por la que descendió, luego sigue el lecho pétreo hacia arriba con el fin de que se pierda todo vestigio de su huella. Busca un nuevo acceso musgoso para empatar con el filo que abandonó por estampar su huella junto a la del dragón y la de los lobos, con la sensación de que de alguna manera se van a fosilizar para que un paleontólogo del futuro haga el hallazgo. Se aleja poniéndole música interior a *La tierra juvenil de los ojos atléticos*. Cómo le calza a su peregrinación la letra de Romance de mi destino, que empieza diciendo con altivez: *Todo lo que quise yo tuve que dejarlo lejos...*

Retomando el paso ascendente en el filo musgoso de la vertiente de Galadriel, camina casi flotando a pesar del gran peso del macuto. Se ha distraído como dicen los argonautas románticos, haciendo conciencia de sus ritmos. Se ha embelesado en algo que el común nihilista de supermercado lo asimilaría como un acto improductivo, exento de lógica. Tal cristiano de mueca satinada, abismado en el templo de la razón que se cuelga en la percha a un precio promocional, se preguntaría a quién se le ocurre darse a la inspiración bucólica combinada con un esfuerzo físico a un desnivel irracional. Hay que estar loco para bajar y nuevamente subir, *por el gusto de saborear lo inútil* con el máximo poder de trac-

ción animal a tierra, una rampa de aproximadamente cien metros, habiendo escaleras eléctricas que niegan el esfuerzo ascensionista. La incredulidad de los autómatas de supermercado se presta para ensayar una observación a lo Pablo Palacio: el vacío de la vulgaridad del nihilista productivo frente a la tragedia de la genialidad del poeta que se resiste a entrar en los templos de la razón etiquetada.

En todo caso, este instante es él, Kantoborgy, el que siente el llamado inapelable de su unidad de carbono a punto de aliviar la tripa, preocupándose por hallar el rincón propicio para ejercer su animalidad. Es el momento, ahora que cunde el calorcito dentro de la nube crema que continúa manteniendo distancia con el paisaje herboso del altiplano. Amparado en la cálida intimidad de la nube traslúcida, puede entregarse de una vez a ese ritual que generalmente suele ser mañanero en su hogar del valle fértil que hace cráter del volcán Pululahua, donde amanece atado a la generosa remuneración del Ente Racional que le paga para ser un consumidor de lo inútil. Si lo hace apropiadamente en la mañana no extraña ese algo indefinido con la tardecita, pero por la tensa espera de su peregrinación a velar las armas se trastocó esa saludable costumbre.

Como manifestaría Gea.

Gente importante, gurús del yo produzco, positivos buzos de ascensor y corredores en los edificios del popular bípedo abstracto, el que solo existe para acumular papeles hediondos, cuánto os pesa en la tarde la barbilla y el traje distintivo de vuestro alto rango de esclavitud. Ya lucís ajados por obra del crepúsculo en camino, y vosotros nada de visitar el higiénico disipador del mal que produce coprolitos, y os culpáis por no haber hecho a tiempo el “número dos” como dice el práctico pueblo estadounidense, usando la correspondiente técnica para irse de vientre como Dios manda, en tiempos difíciles por los pujantes negocios que no dan tregua al animal que os avergüenza con sus ventosidades, quitándole fuerza a la colonia que temprano en la mañana os obsequió con esos aires de fresca revienta-días.

En su solitario oficio de descubrirse en lo extremo de las montañas de la locura, ha tenido que llegar a una armonía integral mente-cuerpo. En el reino del sexto grado al séptimo grado de dificultad vertical, su estómago no puede ir a la deriva, y eso en altitudes manejables como las de los Andes ecuatoriales, no se diga en la zona de la muerte ochomil donde estar sin oxígeno artificial es un riesgo en sí, allí la inmovilidad no es reposo ni un acicate a la valentía, a más horas en su seno más alto se escucha el cántico de bienvenida a la orgía de las Parcas. Él sigue las buenas costumbres de su maestro, Olegario Castro, que sin haberse consagrado como atacador de paredes virginales ochomil, le dio escuela con su bagaje en los “picos de la patria”. Temprano supo cómo iba a enfrentar a las torres de la locura: escalando ultraligero de cuerpo y alma, y sobre todo siendo veloz en su permanencia en la zona de la muerte los montes Himalaya. El paisaje místico y las fotografías exultantes quedaron para las crónicas de la manada desacralizadora de las montañas de Gea. Los libros heroicos quedaron para los intrépidos expedicionarios quienes, subidos sobre hilera de cargadores, hacen patria forjando relatos de la extenuación y alienación humana.

Su cuerpo tolera un mínimo de alimento durante su tarea en la altitud; no acepta más que frutos secos, y no sueña con un rico tentempié dominguero, un estofado de gallina runa, ejemplo. Su cuerpo está vacunado contra una muerte putrefacta en un punto ochomil. La fórmula de sus dos sirvientes que carga a donde fuere, “ayúdate a ti mismo y sírvete a ti mismo”, es simple: mente y estomago subiendo livianos a la antesala de los dioses góticos. Esa sociedad que conjugó en su empresa ochomil es espontánea, se manifiesta en el sitio de la definición y no antes. ¿Qué más tangible que prenderse desnudo de una pared kilométrica, y avanzar metro a metro, a lo alto de los obstáculos que le antepone la gélida naturaleza vertical? Los autómatas de la altitud, los trepadores ochomieleros, qué entienden de

mi psicobiología hacia arriba, si nunca fueron amamantados por mis Dioses. Si sólo son amos de cargadores y ellos mismo esclavos de sus putrefactas rutas hacia el medallero ochomielerero.

Aliviándose en el musgoso retrete, por fin su tripa se relajó tras horas de estreñimiento, no había podido desocuparse temprano en la mañana por la tensión que le provocó la espera e incertidumbre de estrenar “el traje de héroe del cachascán”, en comunión con el peregrino de las ruinas de Galadriel. Recuperando en su espalda el macuto, regresó manso a la senda que vendría invisible para el resto de los mortales, sólo el reconoce dónde está parado y el rumbo de su destino.

Flotando en los musgos de la tarde ya madurando en las estribaciones medias del Ciclope, avista el castillo como si fuese un gigantesco buque ferruginoso en ruinas, bamboleándose quedo en la bahía que acogió los restos de su pasada gloria oceánica. Lobos que resaltan con su pigmentación gris y naranja, van emergiendo en formación de tenaza, aullando fuera del túnel secreto que accede a las escalinatas del extinto palacio. Ante los ojos del huésped de Galadriel se convoca la aristocracia lobuna, aquella que no abandona nunca su hábitat para recibir mendrugos infectos de bacterias humanas que les echan a los cánidos enfermos, sin oficio, paseantes del llano, donde el ganado vacuno ha pasado a ser integrante del paisaje de la oferta ecológica.

La manada de elite se exhibe vigorosa, hallándose bien alimentada merced a ecuánime población de conejos y cervatos que medran en su territorio, vegetarianos que son eficientemente controlados en su crecimiento para que no generen una abundancia perniciosa, manteniéndose el equilibrio indispensable entre presa y depredador en esta ínsula de sanidad. Acá no llegan las bacterias que trae consigo el creador del Antropoceno, el mayor parásito planetario.

¡Llegué!

Quitándose de la mochila se arrodilla en el mullido

piso, cavilando en los millones de toneladas de carne marina que se saca de una despensa que no recibe reposiciones, porque los recursos naturales están para agotarlos vía microondas. Todo lo que pueda ser engullido para mantener la civilización del desperdicio *Homo sapiens*, se lo etiqueta como “recurso natural”, o sea que disponible para la depredación humana. A la ballena azul hubo que llevarla al borde de la extinción ayer, y al atún aleta azul hoy, para almacenar carne de esos prodigios de la evolución en monstruosos frigoríficos, y así satisfacer la futura demanda de *fuchi* de los acaudalados sibaritas orientales y occidentales. Inflése a paladas de *sushi*, coma *fuchi* y gane prestigio inmediato en la tripa, marque la diferencia con los millones de africanos que se muerden entre sí por meter en su escuálida olla familiar el esqueleto de una *perca* del Nilo. El profesor Duvolosky, asevera que el *Homo sapiens* ya es un depredador de ciencia ficción, “no necesitamos que vengan extraterrestres de ocho patas a darnos lecciones de exterminio total ni a enseñarnos cómo chupar hasta los huesos de este planeta... La novela de H. Tuttilo, *Delicatessen galáctico*, que trata de unos perversos alienígenas que nos raptan para ser un raro fiambre exquisito de sus travesías espaciales de placer, se queda corta ante la matanza inmisericorde de trillones de animales puros sin que nos brote ni una lágrima de cocodrilo, pues, a éstos también nos los tragamos con fruición”.

¡Consumid, consumid, malditos autómatas!, habría dicho en estos días el filósofo poeta del martillo y la dinamita, añadiendo lo de “autómatas” a su apotegma. Nosotros decimos: Oh, amos de la era de la comunicación satelital para dejar en soletas los jardines de Poseidón.

Más arriba de las ruinas se halla un tramo de suelo gris fofo, lodoso, que entre el cúmulo de piedras volcánicas ha ido dejando el glaciar en retirada. El constante derrame de líquido fosilizado es un réquiem adelantado por el plateado pelaje del Cíclope. En el cénit de la tarde luminosa, a través de la nube que no se desprende de ella, todo el vol-

cán filtra por dentro y por fuera, las *nieves eternas* ceden a paso de manicomio, es un irse en exudaciones que conmueve por el desperdicio del líquido que en otros lados estériles del planeta se vendería como oro vital. Macabro espectáculo si se presiente como quedaría un tigre blanco sin su doble pelambre, ya inerte en la tundra siberiana, condenado a morir de frío en invierno o calcinado por los rayos solares veraniegos; cual perro desnudo del Perú, tendría que resignarse a morir bajo techo y a ser una mascota térmica a cambio de su colada del día.

No puede obviar el desmelenamiento que sufre el gigante dentro de la requemazón que padece Gea. El continuo desprendimiento del glaciar de la montaña se da impudicamente, a vista y paciencia del silente testigo, produciéndose una música de arroyo que desnuda la incompetencia del *Homo sapiens* para entender los valores de Gea. La especie humana, que en boca del ufólogo Duvolosky (cual goza de una fuerte sensibilidad planetaria a pesar que apenas camina en los verdes del parque metropolitano de la urbe capitalina y, ahí, a veces, se siente completamente perdido), es la imagen de un ebrio haciendo a diario, donde le agarra la urgencia fisiológica, en la exuberante mansión que heredó de su opulento padre, el acto número uno y número dos de su animalidad. Un ebrio que a tientas en la oscuridad, porque alguien más influyente le apagó la luz, se alivia a discreción a lo ancho y largo del perímetro de su hogar, tornándose en un ser escatológico mientras le dura la valentía de la embriaguez, cometiendo su agresión biológica en la sala, en el comedor, en la cocina, en los dormitorios, en la pata del piano, dentro del bar de caoba y sobre el tapete del billar francés... Como si portara el retrete, portátil y ecológico que le dio el Señor.

“¿Cuál Señor?”, cuestionó con intencionalidad Oleario Castro; y, después de un cortante resoplido nasal, que fue emitido íntegramente en el dial de las ondas de radio Marañón, el mismo radiodifusor se aclaró: “Seguro que no

es el Señor mío; pues, ese borracho de pesadilla que hace mención el profesor Duvolosky, fue mal criado en las pezuñas de un creador de pacotilla, y no bien criado bajo el régimen de un Dios sabio y todopoderoso”.

Las murallas del castillo aparecen reverberando fantasmagóricamente, presentándose como una cima infranqueable a los intrusos, cerrada por los flancos con sendos precipicios que detendrían el paso a la curiosidad de cualquier advenedizo que haya llegado por mera casualidad a estos pagos. Hasta este punto podría avanzar algún explorador distraído que, sin proponerse hacer un hallazgo religioso, puede caer en la calidez flava de los parques de la divina, ignorando las cualidades sensoriales que se disparan en el peregrino, pues no se imbuje de su magia y sólo vería una pared de granito azabache que ahuyenta y pone un detente feroz al no iniciado en la velación de las armas de los góticos. Tal cual como sucede con su equipo de montañismo extremo solo él, Kantoborgy, tiene las llaves para acceder al encanto de las ruinas de Galadriel. De aquí para delante todo es ver en la anatomía de un volcán irreductible y laberíntico, envuelto en el rumor de agua fósil, glaciares y placas de nieve abrigando mortales grietas.

Ordenadamente, el despliegue del círculo de seguridad de los guardianes de las ruinas, procede a dispersarse en respuesta a la actitud relajada del huésped que se tumbó a reposar por sus fatigas pasadas y sobre todo por las venideras. Entretanto la manada de lobos rompe filas para ejecutar el control de población de roedores, el peregrino cierra sus ojos impregnándose de los aromas frutales del lecho que pisó la ausente, reconociendo en este punto del remanso musgoso el lugar preciso para montar campamento.

Tras breve resuello, emitiendo gruñidos de placer, se halla raspando el musgo con sus manos y pies hasta llegar al suelo rocoso. Seguidamente da un par de volantines y rueda cuan largo es hasta quedarse quieto, en posición supina, mirando de reojo hacia el líder de la manada que, a su

vez, lo observa ladeando graciosamente su lobuna cabeza. El lobo, pletórico de hermosura cuadrúpeda, parece dudar entre bajar a chocar garras con el huésped o retirarse a su atalaya sin que se dé un saludo físico y se quede en una suerte química como ha venido siendo en otras ocasiones que hicieron contacto visual.

Cree que podría llamarlo Pincho III, por vincularlo a la estirpe de lo cánido familiar. ¡Regio!, vendría a ser el tercer Pincho; Pincho III, el Salvaje. Para su humana identificación del lobo debe echarle un apelativo, a falta de un olfato lobuno para con sus millones de células olfativas formar la identidad del otro y decir este individuo es esto y lo otro, tiene que valerse de sus ojos y el nombre de rigor. Pincho III está capacitado para leer en las inconfundibles marcas que dejaron sus secreciones y detritos humanos; los pelos que botó sobre la marcha ya habrán sido investigados como rutina. La manada se enteró de que era él, Kantoborgy, más por sus señas químicas que por los aullidos que humanamente emitió para hacerse presente en el territorio de los lobos de Galadriel. Leer en los coprolitos de las presas es una cualidad sensorial que les permite conocer el estado psicobiológico de su presa, si goza de buena salud o es un animal con problemas y carencias que ayuden a facilitar la caza; no desperdician energía buscando una máxima eficiencia de su capacidad depredadora, un lobo malherido o mutilado es un lobo muerto. Ellos saben por la lectura química que han hecho de su rastro si está saludable, o débil y bajo un ataque de nervios. El *Homo sapiens*, en aras de la bipedalización, y en función de sus útiles ergonómicos, extravió toda la información básica que asoma a la nariz atenta de un cazador.

Con ese antecedente, te hemos adjudicado un nombre (para nuestro consumo interno), asumiendo que no responderás a este ni a ningún otro apelativo que va en desmedro de tu calidad de lobo alfa-dominante de la manada de Galadriel. No puede ser otro nombre que Pincho III, el Salvaje. Con esto ensalzamos a los dos canes domesticados

que si responden al nombre de Pincho, a secas. ¿Entiendes?, es una manera de no enredarme en mi monólogo. O sea, Pincho (primero) es ya una leyenda perruna, fue devuelto al fasto de quinta San Agustín tras haber sido obligado, a tierna edad, a sufrir media vida de exilio en la aldea del amor virtual bajo tierra, Placidville; este sin par Pincho (primero) se mantuvo en vigilia hasta el abrazo que fusionó a la Parca con la mente de su amo Teodoro Morris. Pincho (segundo) es el perro que yo, Kantoborgy, haciéndole honor a sus dotes de cancerbero, lo llamé así. Mi Pincho (segundo), en la genealogía que lleva el vate Alberto Vivanco en el valle de Malacatos, está confirmado como Danus y con un apellido para el olvido, pero ya se quedó como “Pincho” para los que conocen o desconocen la noble línea canina de sus mayores. Estoy de acuerdo contigo, Pincho III, no hay nada que entender en esta danza de nombres y pedigris... ¡hay que sentirlo! Lo que vale es el sentimiento que es para mí Pincho, Panda, Dina, Eire o Vaty. Tú mismo, este instante, eres un sentimiento para mí.

“¿Quién mismo es Pincho?”, había cuestionado tajantemente Adelaida Matute, urgiendo le resuelvan ese misterio perruno, cuando él, Kantoborgy, fue a hacer un trueque con el matemático de Guangopolo y verbigracia intercambiaron algo de equipo de montaña por algo de los productos de la Casa Chancholovo, cuales por ser harto apetitosos desaparecen en un santiamén. Puede decir que la negociación fue diáfana y de provecho para ambas partes, exenta de la miseria humana que traduce la jerga de los mercachifles. Entonces, Lovochancho, invitándole a la mesa a celebrar la feliz transacción con una tabla de queso y jalea de higos, rociando aquella degustación con una copa de cidra asturiana, lo incitó a que destape lo de su próxima empresa en la muralla sur del Annapurna, *Diosa Madre de la Abundancia*. Y de esto surgió el pedido de Lovochancho para que se los deje con él a Pincho y Panda -a manera de vacaciones perrunas guangopolas-, mientras dure su expedición en las

montañas de la locura, a lo que accedió encantado y además le hizo acuerdo al matemático de su pacto sagrado, o sea que en caso de no regresar de su viaje se haría cargo de la jauría entera, a lo que Lovochancho respondió “no os preocupéis, eso está sellado con mi palabra de honor”. Así fue que desembocaron en una charla mixta sobre montañas y el árbol genealógico de los canes, cosa que caló en la suspicaz Adelaida, motivando su imperativa interrogación. ¿Quién mismo es Pincho?... “Prácticamente, Pincho, es cualquiera de los dos que has oído y los nuevos que oirás. Es decir, el que vos gustes mentarlo como tal...”, había empezado a replicar amenamente Lovochancho. “A la verdad, yo me quedo en ascuas cada vez que sales con tu lenguaje esotérico, mejor me voy a continuar con mis obligaciones de ejecutiva de provecho, a mí venta loca...”, había dicho Adelaida dejándolo con la palabra en la boca a Lovochancho, que no se resintió por la grosería de ella, por el contrario, le deseo un feliz cierre de lo que sea que la ejecutiva vende en sus días de comercio a lo bestia humana.

Hizo lo elemental dejando sus particularidades biológicas en la pizarra silvestre para que la lean los lobos; no bastaba con aullar al ingresar en el ámbito de las ruinas. Sus aullidos dijeron cosa parecida a buenos tardes hermanos lobos aquí estoy yo desarmado, con una aplastada dieta de frutas en el atacado macuto, y nadie más de mi especie me acompaña. Los verdaderos mensajes, los que descubren su intimidad psicofisiológica, los depositó en la alfombra flava y, el alfa dominante, Pincho III, anteriormente a surgir ante sus ojos a la cabeza de la formación pretoriana, ya recibió información de lo que busca de una potencial presa. Por básica organización, la manada de Galadriel, recibió el informe de que sí le está funcionando al visitante la tripa rugiente, el corazón pasible, el hígado pasional; igual los ojos atléticos, los pulmones batientes y los riñones cribadores. ¿Y las partes pudendas? ¿Las del movimiento perineal convencional? Muy bien, cómo no sí señor.

Horizontal, con el rabo del ojo atiende los pasos del líder lobuno, lo observa a éste llegarse a su lado sigilosamente; mientras su cuerpo se mantiene relajado en su posición fetal, evitando retarlo con la mirada del gótico, zafándose de una confrontación visual entre dos aristócratas. No cae en el error de esgrimir el qué me ves con esos ojos de demonio del Aqueronte, para iniciar una contienda entre alfas dominantes. Pincho III se recuesta frente a él y, tras segundos de indecisión, emitiendo amigable resuello, le estira su garra anterior derecha, sin apuntarlo con sus deslumbrantes ojos grises, invitándolo a chocar manos. Se figura estar en el jardín persa de su campo base dentro del cráter del Pululahua, donde él mismo ha suscitado este tipo de contacto con sus canes: se ha echado sobre el césped, bajó un árbol, a prodigarse una siesta y, Pincho o cualquiera de sus pastores, le ha tendido las extremidades anteriores para un saludo gutural y físico entre mamíferos.

Cautelosamente extiende su mano atestiguando con un ojo entreabierto el suave choque de una garra evolucionada para invertir su sensibilidad en retos góticos, y una garra detenida en la edad de los genes guardianes de las ruinas de Galadriel. El imprevisto contacto digital con Pincho III, va seguido de torpes manotazos, que en su mayoría tienen como remitente al aire enfriándose en la tarde que se aleja rauda de la calidez ecuatorial, anunciando el helado viento que antes del crepúsculo dispersará la cremosa nube que encerró al peregrino.

Pincho III, tuvo suficiente de manifestaciones amigables con el reconocido visitante; incorporándose se sacude, arqueando su dorso dispara ruidoso estornudo, estremeciéndose de las orejas a la cola batiente. Ya despabilado se aleja con parsimonia a su atalaya, allá va a rumiar el gusto que le dio entenderse con el extraño bípedo que comparte su misión de preservar el arcano de las ruinas.

Al huésped le invade una dicha musgosa, inmerso en el calor del ambiente que prodigan los lobos. Echado en

cruz se funde con los pardos verdes, y por un instante tiene la certeza de que está abrazando el venerable mangle que el centenario *Don Goyo* se aferró hasta el fin, antes que los deforestadores anulen su isla de sanidad, transformándolo en un paradigma de urbanización costanera, salpicada de puntos verdes, como el insulso remanente de lo que fue un bosque marino glorioso, permaneciendo para el ornato público un botón de muestra de un todo prístino que se extinguió. Y el hombre amante de las obras civiles predica a los futuros destructores: ven muchachos que si es posible construir maravillas respetando el ecosistema.

Sacando del macuto la sufrida tienda, Grizzli I, se dispone a armarla como el símbolo más visible de la noche larga de sus incursiones a la zona de la muerte. En este mullido rellano velará sus antiguas armas de ascender. Cañonazos de buques fantasmas se escuchan a oriente. En un cruce explosivo se saludan los volcanes Reventador, Tungurahua y Sangay. Habrá un sostenido diálogo subterráneo entre esos agitadores a sueldo de Gea.

La tardecita umbría, gemebunda, rueda en el glacial cuarteado, disponiéndose a recalar en la bahía del crepúsculo. El viento ulula: ¡ay crepúsculo! Luego silba y canta entre las piedras que reciben la caricia de la cellisca. La diletante nube que acompañó al huésped largo trecho, hasta bien instalarlo en los pardos verdes de su señora, partió con los bergantines condenados a piratear en el océano de un planeta ignoto, sin cumplir su febril deseo de anclar en las turgencias de Gea.

Siempre tengo que escaparme y abandonar lo que quiero... / mismamente abandonarme ante el inminente deceso del véspero/ y huir del capricho que me atrapa tóxicamente/ que no me permite respirar como yo anhelo/ y con el ardor del púber volver a venerar tu piel de guaba... Canturreó groseramente, haciendo cendales a la letra original de Romance de destino, la canción que lo hizo derramar lágrimas allá, en una mesa lánguida, ahíta de botellines portan-

do los fermentos de la cebada de su adolescencia. Allá, en el boliche *Estambul*, la escuchó enamorado de una musa que resultó ser con el tiempo inmarcesible, la mismísima música de las Parcas.

El hombre de los retos himaláyicos está de estreno, apenas abrió los poros al frío vespertino que se tomaba las ruinas y se desnudó para enfundarse en el traje térmico que incluye en una misma pieza el pasamontañas y las manos y pies de geko. El escalador arribó al ansiado momento de creer en el calor de una prenda de vestir que parece más el traje de cachascán de Kantoborgy que la piel para resistir la meteorología criminal de las altas cumbres. Ente Racional le dijo que con su nuevo traje subcero podrá hacer una ascensión nocturna de la muralla sur de la *Diosa Madre de la Abundancia*. Palabras no mayores sino imposibles de asimilar para cualquier himalayista sobrio, pero si éste cualquiera estuviese en su lugar ya sufriría lo extraordinario como una realidad latente. Apenas se calzó el traje térmico y ya está maravillándose de su poder liberador en la altitud, abandonó la mochila en el punto donde levantará campamento y se hundió en el túnel para ir a dar con las escalinatas del castillo, proponiéndose alcanzar el glaciar y de ahí esbozar una vía hacia el cráter del volcán. Arriba se ciernen las formaciones heladas del Cíclope, un divertimento si compara con los laberintos de las montañas de la locura.

A partir del mirador del castillo, después de dejar atrás las escalinatas, se forzó en la ascensión hasta la lengua de nieve; asemejándose a un venado acostumbrado al derroche de energía, se obligó a trepar galopando por un terreno irregular y de arena fangosa. Fue para en minutos sudar y luego pararse de golpe a cerciorarse si el frío hacía que la piel exudada se transforme en una masa pegajosa fundiéndose al traje subcero. En minutos se puede pasar de ser un perfumado ciudadano a un animal empapado en sus propias toxinas. Se frenó a confirmar si su unidad de carbono sentía esa pegajosa sensación de entumecimiento

que *normalmente* (debe usar esa palabra como una suerte de cartabón frente a las nuevas sensaciones) lo envuelve después de sudar expuesto al frío, y calcula que la temperatura ya debe estar bajo cero grados centígrados. Calcula porque todo su cuerpo está sumido en un agradable calorcillo desde que se enfundó en su traje subcero, la cellisca apenas lo mordió en el minuto de transición de la desnudes inerme a esta desnudez poderosa.

Forzó a tope su tracción animal “haciendo una progresión a una velocidad ascendente constante...”, como diría el doctor M. Puertas, y la respuesta del traje térmico fue rotunda, la exudación de su piel no provocó condensación en su otra piel que es ya el traje por su imperceptibilidad como tal. Es como si se hubiese fundido a su cuerpo en el ínterin del galope. Asume que esta segunda piel propone, sin más anuncios reveladores, la doble y única piel de las ficciones que tanto divierten a Lovochancho. Éste es el forro para doblar espinas y temperaturas glaciales, es la posible desnudez en el aire enrarecido de la altitud y, por añadidura, filtra el oxígeno que inhala haciéndole tan potable y tibio como el que se consume en un valle interandino, subtropical: ¡Vilcabamba a la vista!

¿Cómo explicar las cualidades sensoriales del conjunto térmico?... Empezando por lo que tiene adherido a su cabeza, no es un pasamontañas cualquiera, no hizo mención de quitárselo porque ni señas de picazón hubo en el cuero cabelludo y el rostro. Siendo un hominino asaz peludo, mantiene a ras de piel su cabello y barba con el ungüento que le proporcionó Ente Racional. Frótese usted con el ¡narcótico de pelos!, y obtenga su mínima expresión capilar durante su estancia en las nubes. La materia mucosa que genera su nariz en la altitud se ha evaporado conforme ha ido brotando. Apenas llevamos puestos este conjunto psicodélico, y estamos llenos de interrogantes. Cómo decirle al señor Olegario Castro, sabes que me obsequiaron una piel que posee imperceptibles dispositivos que controlan la condensación de

nuestras exhalaciones evitando hediondos empañamientos, y olvídate de la congelación de nuestros efluvios corporales. Una piel hecha para no sacársela, una maravilla de porte biociencia galáctica pero terrestre. Razón tiene el profesor Duvolosky de sospechar, lástima que conmigo seguirá sospechando hasta su defunción; a menos que Olegario empiece abriéndole él primero el archivo de arcanos que en sí mismo es el domo que habita en El Panecillo. Te digo y diré que hay secretos que se van con uno a la tumba.

Embebido en la lengua del glaciario que parte de la escoria volcánica del fangoso arenal, relaciona otra vez que no, que definitivamente no se enfrió abruptamente y que su temperatura a flor de piel es estable, como la que rige en los longevos de Vilcabamba. Mejor aún, como dice el verso: ... si quieres prolongarte en cien años hábiles vive como el gótico del domo del Panecillo. Mientras reflexiona en la doble y única piel, hace la gimnasia china que le recetó Olegario Castro para bajar la tensión de su cita sublunar con las murallas del Annapurna. Lo anima verse en este punto, arriba de las ruinas, haciendo una disciplina milenaria y relajante, que a su entender es una variante ralentizada de *Danza Triunfal del Aqueronte*, alargándola de puro gusto hasta convencerse que han transcurrido unos tres mil años en su corazón, mientras diez minutos marque el reloj de la cascada de hielo del Cíclope.

Todo él cubierto por lo que encarna ya su deseo de una *doble y única piel*; presumiendo de la adherencia de geko de sus manos y pies, se adentra a zancadas en una rampa liza de fino hielo transparente, conformando un tobogán a ras del piso rojizo que refulge con los últimos rayos del sol en retirada. Ha sido un tramo lo suficientemente vertical para que ello implique riesgo de su integridad, sin la ayuda de crampones, martillo, piolet... Luego ascendió un serac con la seguridad de un geko que no deja huellas en una torre de vidrio, y así mismo se bajó de él. Su piel vive una primavera dentro del temporal. Afuera, el violonchelo del Cíclope,

ensaya una marcha de invierno; mientras la cellisca danza en solitario. Desciende moroso, a paso de perezoso agradecido con su cálida desnudez en el glaciar. El traje subcero no es la ropa artificial que lo cobija, tampoco está calzando el preámbulo de la piel térmica, está ya embutido en el portento al que lo condujo Ente Racional. La impermeable piel que lo abrazó en un santiamén, “como a la vida, las Parcas”, es una realidad irrefutable.

No hubo transición para comprenderse, ni mutua resistencia, entre la vieja y la nueva piel: basto una carrera juntas y se fundieron entre sí. Al principio, creyó estar envuelto en una lana tan suave, fina y cálida, como la de un bebé de vicuña. Al cabo de minutos ese algo indefiniblemente extraño que, para residir en su cuerpo, hubiese requerido un tiempo de adaptación, lucha o exterminio de lo débil por lo fuerte, acabó armonizando con lo antiguo *tan callando*. La encarnación de la *doble y única piel*, hizo que su idea del traje térmico sea una reliquia del museo de la biociencia. Su cuerpo, su mente, todo él, celebra estar a la intemperie, bajo cero grados centígrados, completamente desatendido del frío criminal.

Si el profesor Duvolosky lo estuviese espionando en su privilegiada desnudez, lo confundiría con un espacial saponáceo. Estuvo reptando en el serac cual Nosferatu descendiendo de cabeza por su torre del Borgo; aquí está danzando sobre el arenal, en traje de Adán, como cuando éste disfrutaba de su época edénica junto a su Eva de los trópicos, antes de la maldición de ganarse el pan de cada día con el... Si nos viera, Duvolosky, no se andaría con la máxima de los ufólogos, esa que impide que los guarden en los panópticos: *No lo niegue ni lo apruebe, ¡investíguelo!*. ¡Jesús!, cómo negarlo si lo pillamos adherido, cual geko de los glaciares, en una torre de hielo. Aquí nada de ¡investíguelo!, señor Kantoborgy, lo pillamos danzando en la gélida aridez que reina sobre la cota de los cinco mil metros de altitud del Cíclope; usted no escondía su verdadera identidad tras

un grueso ropaje azul de astronauta ni calzaba doble bota y crampones, usted estaba expuesto a la hipotermia como lo está este rato, en el Tíbet, un leopardo de las nieves. Lo trincamos libre y salvaje, trotando cuesta arriba en un terreno abrupto, y nada nos dice que no esconde garras para usarlas acorde a la propuesta de la diversidad de pisos -en mayor o menor grado verticales- de las montañas de la locura.

Y cómo refutarle al profesor Duvolosky lo que en él sería evidente, habría que soltarle el resumen de las sensaciones, percepciones y recuerdos de nuestra evolución psicobiológica, en una suerte de teoría de lo posible cuando mente y materia se ponen de acuerdo para mudarse a la doble y única piel donada por el... Imposible explicarle este fenómeno, las experiencias existenciales no se razonan, se viven en situ, en borrador. Eso, los griegos de la Antigüedad, lo sabían; y ahora Lovochancho lo supo -por él mismo-, y por fin puede equilibrar su nirvana matemático con los rigores de su cuerpo sufriente, paladeando -por él mismo- la sentencia sabatiana, *La razón no sirve para la existencia*.

Cómo hacerle vislumbrar su existencia en los límites que impone la naturaleza, a un sujeto que ni bien entra al parque metropolitano se pierde gratuitamente. Duvolosky lo pondría en el mismo saco del testimonio de avistamiento y contacto alienígena, Espaciales Saponáceos (ES), que ha desembuchando en radio Marañón la herpetóloga Gitte, *God bless danish woman*. No quita que él, Kantoborgy, se divierte a zapatear con las especulaciones que provoca su estilo de vida en el ufólogo. ¿Qué estamos, desnudos o vestidos? Digo que ambas cosas, desnudos ante la inmensidad de la Tierra y como ésta ante el concierto galáctico; y revestidos para enfrentar a la edad de hielo como una morsa de la Antártida, aunque inermes ante el apetito de un oso polar.

Si se tendiese una emboscada y se tomaría fotos y se vería retratado como uno de ellos -como describe a los ES la científica danesa residente en un punto de la cuenca media del río Napo-, y, traicionando su condición extraor-

dinaria, le enviaría toda la información gráfica al profesor Duvolosky, naturalmente que éste tendría la obligación de colegir que ahí está posando un bípedo de otro orden planetario, y le daría la razón por ello, porque probando esta doble y única piel para capear adversidades meteorológicas es de rigor cuestionarse. ¿Se trata de un fruto de la genialidad de un terrícola extraviado siglos adelante a su época o es el resultado de una civilización espacial que ya carga de ordinario la piel cuántica? ¿Convivir con la cruda naturaleza, mimetizarse en ella, es lo que a él le permitió dar este salto cuántico?

Relaciona que el *Homo sapiens* se entretiene en minucias artificiales, afirmándose en la vía a la alienación maquinista, alejándose de la evolución psicobiológica como si eso lo hiciera más inteligente que el romano del año uno después de Cristo. Han transcurrido más de dos mil años y en las plazas y calles del *Homo sapiens* medra la basura del futuro. Los mismos bípedos depredadores del año uno después de Cristo hoy se presentan con la estampa de ejecutivos siglo XXI. Nuestro tecnócrata se realiza en el ideal de hormiga agenciosa. Los líderes autómatas del progreso siglo XXI, inyectan estupidez a las nuevas generaciones, a los jóvenes universitarios ávidos de incorporarse a la *Producción aplicada a la sobrepoblación*.

Los líderes autómatas siglo XXI, en elocuente ejercicio de lengua y torsión labial, aleccionan juiciosamente.

¡Productivos todos!

Aquí, sentados en los hombros del suplicante mundo, a fe nuestra les decimos que el temperamento de los chinos es más positivo que la perezosa idiosincrasia del hombre ecuatorial, que no es a conciencia ni capitalista ni socialista. Allá, en el sol naciente, un sujeto emprendedor, llámese *Tien Cuan Chak*, -o como ustedes a bien tengan denominarle-, silba para convocar al pueblo amarillo a domar a la naturaleza, ejemplo, a librarse de una selva megadiversa en aras del excremento fósil que mantiene el apetito

de energía sucia, o a mochar una odiosa montaña para dar paso a la presa hidroeléctrica no sé cuál, y noventa mil pares de ojos rasgados se botan a hacer cola para ser contratados a razón de una paga de risa por su sudor aplanador. Y así, para todo lo que se proponga fabricar el coloso oriental -en franco proceso de enajenación occidental-, desde percheros a sofisticaciones electrónicas, no faltará un masivo y barato contingente para producir a lo hombre pujante versus naturaleza menguante. ¿Cómo vivirán los tales? ¿No se nos rebelarán y querrán de sopetón el proyecto de vida estadounidense? Es un asunto que la superpoblación lo resuelve eficientemente, fabríquese lo que se fabricara, en reserva se tiene ejércitos de excampesinos (metódicamente repartidos entre los apellidos Chang y Wong), en lista de espera para sustentar el engranaje de la máxima entropía o progreso XXI. Cuerpos y engranajes a la vez, ése es nuestro sueño para un Ecuador pujante. Acá tenemos que lidiar para que la maquinaria del progreso no se pare; es decir, para que ande a una pachorra desesperante; mientras los ocho o veinte grandes naciones industrializadas se tragan el humeante mundo a mordiscos de barracuda, nosotros preocupados porque nuestras riquezas naturales se agotan y sufriendo por eso de no dejarles nada prístino a las muchedumbres del mañana. ¡Chovinismos apócrifos!, cuando lo que tenemos que hacer es acoplarnos a la mentalidad devoradora de aquellos, y adelantarnos a su propuesta de reventarnos, integrándonos plenamente a lo útil y practicar sin remordimientos la norma que hace grande al imperio de la adicción a los entes que nos entretienen mañana, tarde y noche. Comamos y bebamos que mañana moriremos...

La velación de las armas del gótico, recuperará el acto quijotesco que encanta al caballero de la altitud. Frisando los cinco mil metros de altitud, a una temperatura ambiente de rápida congelación, sabrá cumplir con el ritual que llegó al cenit del desprendimiento en lo concerniente a ropa de invierno. Qué clase de mutación es la que está su-

friendo en la intemperie del Cíclope. La doble y única piel que porta tan campante en la cota de los hielos temporales de los Andes, no es para nada un disfraz como el del hombre araña, o de cualquier miembro de la liga de los justicieros planetarios. Tampoco resultó un disfraz para emular a legendarios luchadores como Santo, Huracán Ramírez, Blue Demon, etcétera. No se diga un traje del tipo que usan perioverborreos e imagólogos del calibre de Guanchaco Librero, Boca de Sapo, Culincho Sutil, Boa Delos Vientos Atómicos, etcétera.

O sea, su traje térmico se esfumó, no tiene a la vista y tacto nada más que la doble y única piel de un abominable hominino saponáceo de las nieves, ha palpado meticulosamente su cuerpo y no ha detectado cosa que indique es un androide. No carga calefactor, ventilador ni reciclador de aire, tampoco desempañador, o un recóndito botón que active la adherencia molecular de manos y pies a las paredes de hielo. Los seguidores de perioverborreos e imagólogos sí van vestidos con la tecnología textil de una factoría de fantasías: simples trapos que, dependiendo del alcance del bolsillo de la demanda, son un disfraz en mayor o menor medida espectacular.

En tanto reine el crepúsculo beberé de un relajamiento que no será sueño sino predisposición a escuchar las notas primordiales del violonchelo de una tierra prometida. Reacciona, ¡mi hermano... mi hermano!, estás embutido en la expansión aerodinámica, ensayando el arte marcial de la biomimética, dando el salto cuántico de los elegidos para la soledad radical.

Ya adopta poses de combate que pondría en evidencia las debilidades contorsionistas de Culincho Sutil y compañía mediática del cachascán de la lengua. ¡Qué tipos!, gente mentalmente limitada a sucumbir en una sola piel de manteca, frágil para la vida allende el cuadrilátero de los artificios que prolongan el estado cataléptico de la pobreza de espíritu que pena por el paraíso donde residen sus inmejo-

rables letanías... Mejor dejemos asentando algo decente en el muro de los grafiteros de Guatería Manaba. *Musa glacial: alimento de un corazón espinado.*

Con el crepúsculo arribó el aullido pre-lunar de la manada de Galadriel. El espíritu del fastuoso castillo renace en la rojiza luz que lo cobija, trayendo esos esplendores previos a la tragicómica acción del Cíclope intentando exterminar al escurridizo Krizofilax Equinoccial. Con el advenimiento del horizonte sanguinolento, el entorno gris que anunciaba tormenta eléctrica, y el acoso de una marea de polvo blanco, dio paso a un exquisito paisaje crepuscular: cadencioso mar de nubes ha borrado los valles, inundando la altiplanicie. Arrebolado mar de nubes choca mansamente con los cimientos de las murallas del castillo. El huésped barrunta si no estará inmerso ya en la conjunción de elementos primordiales para que se efectúe la convención de dragones comandados por Aleph Dark; a partir de la invisibilidad del fragor humano, yaciendo su civilización bajo un océano beige, éstos tienen albedrío para moverse en la bóveda estrellada.

En el fondo del mar de nubes reside el inframundo, medra la masificación del alquitrán; las tristes muchedumbres guardándose en su penumbra-dormitorio, prestas a perderse en sus cubos nocturnos, después de una jornada de esclavitud solar. Allá, en el inframundo, yacen los líderes siglo XXI en sus panorámicas cuevas de mármol, reposan tras su aporte al yo-produzco en las instalaciones del intercambio de datos de cómo llenar su despensa mejor y más rápidamente que el vecino.

Si no estuviera ocupado con el ritual de la velación de las armas que apenas levante el campamento dará inicio, se lanzaría a hacer la nocturnal de la vía Galadriel al cráter del Cíclope, y sería testigo de la convención de dragones, y vería si Dark se lo zampa o no a su hijo mutante. El llameante crepúsculo lo invita a la gimnasia de los ojos en lontananza, la transición de una tarde opaca a una noche de verano

glacial se está dando con magnificencia. ¿Sus ojos ven más que antes, o qué mismo acontece? La ruta hacia el cráter del volcán se presenta radiante, nítida, en un primer plano que lo invita a subir como a un enamorado a beber de la leche de la mujer amada.

Disponiéndose a retornar a la playa en que se convirtió el sitio que escogió para su vigilia, no puede evitar un estremecimiento de pavor recorriendo su cuerpo, apenas se le cruzó la sensación de andar inerme en este espacio helado, sufriendo una especie de reminiscencia de sus células adictas al dolor mortal del frío que en mayor o menor grado ataca a un ascensionista por más arropado que venga. Y qué pasaría si se me desgarran la... Pero aquí no hay capas de ropa de abrigo convencional, sólo un escudo psicobiológico suficiente para enfrentar la congelación en un témpano del Ártico y capaz de no sucumbir en una tormenta de polvo blanco en la zona de las Parcas. Aleluya, mi hermano... mi hermano. ¡Apenas esto mi querido profesor Duvolosky! Es como estar en cueros, a temperatura de valle subtropical andino, visitando el museo fotográfico de retazos de paredes -del sexto al séptimo grado de dificultad vertical- del domo del Panecillo. Una vez que uno se calza la doble y única piel y se olvida para qué es necesaria la indumentaria del común mortal en el polo sur... No, profesor Duvolosky, no se trata de llevar puesto una prenda extraordinaria, porque una vez que se la coloca deja de ser una prenda extraordinaria porque ya se funde con nuestro propio ser... ¿Cómo me hago entender? Hagamos lo siguiente, usted mismo, regálese una rotunda explicación cuando estrene su doble y única piel.

Echándose a caminar cuesta abajo, viene entreteniéndose con la vista; viene respirando las fragancias que despiden el crepúsculo extinguiéndose; viene moviéndose relajadamente, con el reflejo de la gimnasia china que practicó; y con regocijo viene con el paso oscilante de Lovochancho abismado en la diversa geometría de las piedras. Aún no di-

giere el aguzamiento de sus ojos, oídos y olfato. Llanamente se posa en la rojiza claridad sobre nubes y en el nacimiento titilante de la estrella del norte. Tiene toda la noche para rumiar ese esplendor que lo rodea, y más bien se concentra en el suelo por la costumbre de evitar una ida de bruces dolorosa. Repentinamente, de tanto mirar el irregular piso, dilucida que distingue plenamente dispersos líquenes y demás vegetación diminuta que sobrevive prendida a la escoria volcánica; aun los musgos de piedras ínfimas, se presentan con una gracia monocromática que antes sólo había captado en la galería de montaña del daltónico Olegario Castro, quien hace fotografía exclusivamente en blanco y negro.

Apenas se alejó del punto donde cometió *Danza triunfal del Aqueronte*, y el incendio estival vespertino se va aquilatando en las lejanías de la cordillera a occidente, de alguna manera se alargó como nunca antes le había sucedido. Asimila que ha sido provisto de un rango visual nocturno; sus ojos se posan en lo que deberían ser sombras a diez, veinte, cincuenta metros, a la redonda, y distingue detalles que por más despejada que se venga la noche de luna, sólo debería reconocerlos como sombras; aun ayer así fue con sus ojos de ayer. No es que se ha vuelto daltónico sino que ha sido favorecido en su transformación con unos ojos que tienen visión nocturna monocromática. ¿Somos nictálopes?... Aquí, en este lugar que se tornó extremadamente favorable a la modalidad de lo visual, admiramos un paisaje que un noctámbulo adoraría y nunca más quisiera volver a callejear estéril, a la luz del día, entre las torres de los autómatas. Así de nítida es la fotografía de Olegario Castro, donde nos envuelve en un ambiente de claridad monocromática.

No requiere de lámpara de cabeza para movilizarse, cuesta abajo o cuesta arriba, en su futura incursión a las montañas de la locura que cerrará su periplo ochomil. Lo acaba de decidir ipsofacto; con antelación a su próxima misión en la muralla sur del Annapurna, este momento renuncia desde las profundidades de su yo a su rango ochomi-

lero. ¡Basta! Como se dice, independientemente del resultado que tenga la expedición nocturna a La Diosa Madre de la Abundancia, no haré más ochomilerismo ni en sueños. No sabe si de ahí regresará para contarla en radio-libre Marañón; por más dobles y únicas cualidades sensoriales que va descubriendo gozosamente, igual el riesgo del fin de su instante corpóreo lo aguarda.

Amó a la inerte piel de *Homo sapiens* que lo envolvió hasta hace una hora, enfundado en sus limitaciones pudo hacer la diferencia, y marcar la ineludible distancia que había que poner con la porquería que rezuman los ochomieleros en sus gestas ascensionistas; aquellos repitiendo las rutas trilladas (aunque éstas continúen siendo mortales por obra de una naturaleza indómita), portando el genoma de lo corriente en virtud de su adición a verse retratados como la vanguardia de una colonia de hormigas nada exploradoras.

Un estremecimiento interno -que no responde a un reflejo de su cuerpo al helado ambiente húmedo que corroe a la piel del Cíclope-, lo ataca alertando las defensas ante el terror cósmico que podría estallar en su mente instintiva. Venía lento, casi levitando sobre la grava, cuando se paró a concentrar sus sentidos persiguiendo eso desconocido que motivó una vibración eléctrica en su cuerpo. Busca alrededor con sus flamantes sentidos el motivo de su alerta instintiva, sus células auditivas emitieron hondos en una suerte de ecolocación que le devuelve señales de una forma de vida moviéndose en los neveros del Cíclope. Revisa el informe conglomerado glaciar, al que había dado la espalda para no ceder a la tentación de escalar como un poseso hasta hollar el cráter del volcán; sus ojos siguen la línea de la directísima que se muestra con una claridad que le permite distinguir tenues vaharinas de azufre brotando de la cima. Escrutando esta vez de arriba hacia abajo, se detiene en un punto de la masa laberíntica de hielo fósil, convencido de que sus oídos ahí receptaron el reclamo existencial de una

naturaleza millonaria que se manifiesta a través del infrasonido. ¡Es Krizofilax Equinoccial, de cuerpo entero, a la vista! Resuella tras la tensión, trémulo de alegría, ahuyentando el pavor de que algo monstruoso lo estaba asechando para devorarlo. Por fin puede guardar la imagen del dragón escurridizo en su memoria ascensionista. Dale nomás, esta es tu noche de integración al mundo de los Dragones de Gea, o caso contrario -que dudo vaya a ser así- el fin de tu instante corpóreo. Discurre que se le viene un tiempo para no despegar sus oídos de lo que venga de la mansión del Cíclope, no le faltarán distracciones durante la velación de las armas.

Pasando de acudir a su catalejo de enfocar pájaros selváticos, se afirma en lo que fácilmente ubicó en el glaciar. Sigue atento la secuencia de Krizofilax Equinoccial reptando hacia arriba cual gigantesco geko sorteando los obstáculos de los multiformes estratos de hielo y andesita. El dragón avanza en el agrietado suelo como si estuviera levitando, lo acompaña majestuoso silencio exento de avalanchas o desmoronamientos de los caprichosos seracs. Krizofilax Equinoccial, ¿gusano cobarde?... Allá va al encuentro de su destino por la directísima al portal de la mansión del Cíclope.

El dragón ecuatorial se desliza resuelto a tomar las riendas de su hado, sube ágil a enfrentar la faz tremebunda de su progenitor, y a mirar a los ojos de los otros cinco dragones que Gea los conminó con expulsarlos de la suerte de los seres míticos, por haber caído en la vanidad de los gusanillos de la era de la depredación satelital y no enfrentar su tarea de custodios de los valores que les transmitió con su propia sangre, preceptos que han quedado en letra muerta en un lapsus de despiste evolutivo, rindiéndose a las veleidades de la época del fanteche *Homo sapiens*.

En este momento sólo parece existir la reptante audacia de Krizofilax Equinoccial, atrás quedó la mirada melancólica que se confundía con debilidad. Krizofilax Equinoccial se salvó de la decadencia por ese preclaro ins-

tinto de la distancia que heredó de su madre Pangis, escapándose del espejismo en el que se hundieron sus atildados mayores; a falta de alas para volar desarrolló su ciencia infusa entre lobos, y finalmente se elevó a una estatura superior a la de aquellos debilitados por la deleznable personalidad que les transfirieron los imagólogos: mentores de los centros de educación borreguil que otorgan el doctorado de “Fonomímico Total”.

Acorde a la saga que se transmite en radio-libre Marañón, Aleph Dark, se perdió en la inacción y con ello dio pie a la decadencia de sus subordinados (más allá de la excusa que tuvo por la desaparición temprana de Pangis, tragedia que lo sumió en milenios de autocompasión, arrinconándose en las entrañas de la Antártida, congelándose de tristeza); pues, en el lapso de su hibernación, se desencadenó la brutalidad de los homininos y su masiva agresión a Gea. Aleph Dark no fue precavido al sumirse en el dolor consintiendo, tácitamente, el desmadre de sus epígonos; no es que les dijo “relájense muchachos”, pero les dio albedrío para husmear en los quehaceres domésticos de los hombres. Los “grandes cinco”, promediando el apogeo del positivismo irracional *Homo sapiens*, descendieron a servirse de su mesa cadaverófila, volviéndose carroñeros con las toneladas de carne de cañón que les pusieron a punto de boca.

Después, o sea ya mismo, en estos días recalentados de Gea, ella misma despabiló a Aleph Dark de una cachetada en su lánguido rostro, y se lo llevó a recorrer el orbe mostrándole los resultados de su postración, exponiéndolo a la toxicidad de los basureros nucleares y a la acidificación de los mares, y a que sufra la pestilencia del alquitrán y los vahos biológicos de las megalópolis bajo el efecto invernadero. Ya con la mente despejada por el impacto de la decadencia del Antropoceno, Aleph Dark, pudo recibir el paquete telepático con la información ampliada de parte de Gea. Luego se comunicaron mediante la vibrante modalidad infrasónica de los dragones.

—¿Grabaste la información?

—La tengo, grosso modo, Madre... Espeluzna lo que han hecho con tus montañas y jardines, con las demás especies planetarias, y con ellos mismos los tales bípedos implumes cadaverófilos feroces.

—Ahí tienes las consecuencias de una evolución por error que da una cultura por error. Y muy contagiosa, ya verás en las piltrafas en que se convirtieron los cinco grandes... Pregunto, ¿estás ya encarnado Aleph Dark o seguirás siendo el triste fantasma de la Antártida?

Aleph Dark, sacudiéndose los cuernos, haciendo patente su angustia dragonil, atinó a replicar en son de inválida justificación:

—La pena me cautivó. Tanto pretendí ser un duro incorruptible para enterarme que tengo un corazón pasible... Pero, ¡Gea!, si sólo me ausenté de mi deber qué sé yo... ¿será un minuto de tu tiempo geológico? Estos individuos apenas habían suspendido su ramonear en la pureza zoológica, recién se habían incorporado sobre sus dos patas posteriores. Los dejé cuando estaban aprendiendo a hablar (lengua adentro y lengua afuera), y astutamente se iniciaban en la cacería formando manadas, armados de alfileres de piedra. Daba contento verlos tan sanotes y poniendo toda la fortaleza de sus sentidos en prolongarse; evolucionaban estoicamente, tomando lo indispensable de tu despensa y ni pizca más, viviendo su instante de cazadores-recolectores con fruición. Figúrate, Gea, hasta me divertía observando camufladamente, a prudencial distancia para evitar contaminarme con sentimentalismos impropios de mi rango de guardián, los arranques infantiles de Pangis que descendía a jugar con aquellos sujetos insignificantes a las escondidas. Mi Pangis, al cabo de ese trance de su corazón de madre, sin proponérselo, devino en una diosa para esos bípedos implumes cadaverófilos que ni de lejos parecían que iban a evolucionar en exterminadores planetarios.

—No te reprimas, Aleph Dark, suelta de una vez el lagrimón por tu amor incandescente. No faltas a la verdad,

aquellos capeaban su infelicidad espiritual estrenando dioses todopoderosos. Ternura, eso es lo que le provocaban entonces a Pangis.

—De acuerdo, Gea, cuando ellos empezaron a enterrar a sus muertos, mientras rumiaban en su naciente pensamiento el futuro que ha desembocado, ¡tan pronto!, en esta desolación tecnolátrica. ¿Qué pasó? ¿Cómo es que esos inocentes y vigorosos homininos asomaron abruptamente con estos pujos apocalípticos y, amparándose en mi descuido provocado por el masoquismo en el que caí, te han ofendido de esta manera? Acaso, Gea, es el instante de jugar a muerte con ellos y de fagonazo en fagonazo eliminar de una en una todas las... ¿nuevas Babilonias, las llamaste?

—Así es, nuevas Babilonias. Estas tomando el pulso de la humanidad moderna a saltos de dragón. A la verdad, mi espantoso Aleph Dark (ese epíteto te lo remito ya como un elogio al inconfundible guerrero que llevas aún en ti), que más daría adelantarse al instante geológico que les resta a los máximos depredadores de este planeta, si tal como van encaminándose nadie los desvía de su autoeliminación. A no ser que vuestras excelencias, los Dragones de Gea, se dignen en poner coto al desastre que ha llevado la campaña del positivismo irracional, *Homo sapiens versus Naturaleza*.

—Sí, el capricho de matar por matar no va con nuestra estirpe, pero podríamos animarlos a que se den el golpe de gracia en segundos, entre ellos mismo; tal como coligo de la información que grabé y, por supuesto, con tu venia, Gea. Digamos que colocando unos petardos a oriente y a occidente, lanzando fuegos fatuos aquí, allá y acullá bastaría para precipitar el fin. Luego nos sentaríamos en el cráter del Cíclope, con una ballena azul a la piedra y unos toneles de vino... ¿Caravasar, dijiste?, que animen el banquete y a contemplar el holocausto del hombre por el hombre mismo.

—Celebró tu chanza, ¡ya estás reanimándote, Aleph Dark!

—Oh, Gea, estamos ensayando algo del humor dragonil perdido en el letargo de mi autocompasión.

—Supongamos, Aleph Dark, que te pegas otra descabezada por otro motivo ajeno a tu voluntad, y te refugias en un espacio/tiempo similar al que vienes abandonando por mi compulsiva intromisión para que cortes con ese estado miserable de vacuidad, ¿sabes lo que vendría?...

—Presumo que la desaparición de los pensiles de Gea, merced a la acción depredadora de los bichomons-truos que ahora disponen de este planeta.

—Aciertas. En nombre de lo útil, los recursos inherentes a la creación, el suelo fértil remanente, habrán sido agotados por el parásito positivista. Si vuelves a ese estado cataléptico, apenas te despierte el canto sufrido del Cíclope (éste todavía enamorado de los vestigios de Galadriel que terminarían uniéndose a su trastornada silueta, ya totalmente calvo y rechoncho, lleno de repulgos y ajado por la erosión, habiendo vomitado lava a placer aunque sin agotar su arsenal pirofórico), te darías cuenta que no sobró ni un hombre para preservarlo en una sección escatológica del museo intergaláctico, como muestra de que sí hubieron parásitos así de insensatos, al punto de dinamitarse a sí mismos con su Desarrollo Insustentable (DI, por sus siglas en español).

—Atendiendo tu lucidez, ¿qué debo hacer para desagraviarte por mi debilidad?

—Empieza volviendo a portar el talante de dragón espantoso de ayer, el que se preciaba de su petrificante estampa, el que este segundo estoy admirando con los colores esplendorosos de su real estirpe. Y de una mirada los hagas que se te cuadren, tiritando de vida, a los cinco adefesios que apenas les diste recreo se fueron a servirse de la mesa de los perioverborreos, dándose con la palabrería y escribiduría un banquete de grandeza apócrifa, apantallados por los medios que los manipularon presentándolos al mundo como héroes del rectángulo, “¡los cinco grandes!”. Sí, los cinco grandes fonomímicos.

—Al primer dragón que ose mirarme con aires de Fonomímico Total, lo voy a tumbar de un aletazo en la trompa.

—Sólo con verte como estás erguido este momento y ellos sabrán a qué atenerse, estamos hablando del retorno de Aleph Dark, el que amamanté para...

Las vibraciones del diálogo entre Gea y Aleph Dark se diluyeron en aras de retomar el seguimiento ascensionista de Krizofilax Equinoccial, allí sobre el fulgor crepuscular que se concentra en el cráter resistiendo a la noche estrellada. Krizofilax Equinoccial, a velocidad de crucero reptante, está por superar la cúpula del volcán. En un santiamén lo verá desaparecer en la cúspide, botándose a la caldera humeante, camino a ser el primero invitado en tocar las puertas de las magníficas instalaciones interiores del Cíclope.

De este punto en adelante él, Kantoborgy, será el único testigo y relator de la nueva saga de Krizofilax Equinoccial. Asume que éste ha llegado con antelación a la trascendental convocatoria de los Dragones de Gea, porque es conveniente que sus mayores no lo vean arribando a la mansión del Cíclope en su calidad de dragón terrestre, arrastrándose como el mutante que es, teniendo sus pequeñas alas únicamente para equilibrarse en sus zancadas meteóricas al incorporarse en dos patas, o para impulsarse en el salto alto y largo como un resorte vital, cuando es menester desaparecer tras un recodo de montaña, presionado por el presentimiento de la intromisión de algo a leguas tóxico. Acude temprano a la cita dragonil desplegando su instinto de preservación, en función de repasar con el Cíclope (quien de mortal perseguidor pasó a fungir de idóneo mentor) la estrategia que han de ejecutar para su formal presentación ante la paralizante careta de Aleph Dark, el cual, aunque Gea le adelantó que habrá una variante que revolucionará el cónclave de dragones, no ha levantado sospecha del contenido de la variante.

El montañero aguza las orejas, de los conductos subterráneos del Cíclope, brota el diálogo que le llega diáfano a su mente.

—Ejem, ejem...

—Cof, cof...

—Pasa, pasa, ponte a gusto mi joven Krizofilax Equinoccial. Tuve fe en que vendrías por tu voluntad y aquí estás en el vestíbulo de mi cueva... Tranquilo, sepultemos nuestra mutua desconfianza en el pasado, así actuamos los volcanes fogosos en las cosas del corazón: ¡reventamos! Pero ahora estamos aquí de aliados y espero que así sea hasta que mutemos en lo que disponga el tiempo geológico de Gea.

—Cof, cof...

—Ejem, ejem...

—Venerable Cíclope, ambos nos hemos perdido de dialogar antes por esa innata propensión a la soledad radical de nuestras almas. Sin embargo, nunca nos hemos desconectado, tú eres mi padre nutricio, de tus jardines me alimento... Y al cabo, nuestra Galadriel, que ayer involuntariamente nos enfrentó hoy nos une.

—Con los siglos sabré conformarme mi joven dragón; aunque no sé cómo voy hacerlo porque al revés de mi piel que no deja de erosionarse -y al cabo me verás calvo e informe-, mi terco corazón está más joven que entonces. A él nunca le pidas la madurez de los podridos en vida.

—Ves, egregio Cíclope, fuera erupciones de por medio que nos sirven para el anecdotario, somos complementarios en lo medular. Dime, ¿cómo podría ser de otra manera?, si me crié en tus faldas surorientales, y tus estribaciones menores constituyen el hábitat que no he abandonado ni siquiera para curiosear en el mundo veloz del *Homo sapiens*.

—Mismamente en eso estaba pensando yo cuando te pedí que acudas a la impostergable cita que tienes con tus ancestros.

—Que podría ser la primera y última...

—Si estamos dragonilmente correctos, no. Has de saber que hay alguien detrás de todo esto, alguien divino que nos dio su bendición y apoyo: Gea.

—¡Por Gea!

—Gea te admira porque escogiste la suerte de existir pletóricamente en tus dunas antes que estacionarte como

el fotogénico Dragón Rojo, y peor trocarte en un carroñero mediático como los grandes cinco, que en estos días andaban hinchados de orgullo porque Culincho Sutil los rebautizó, en sus ondas ladinas como *the wonder five*. Lo de Aleph Dark es otra historia, y los que hemos reventado por amor no tenemos ley para juzgarle.

—Y, dime, venerable Cíclope, ¿has reflexionado en algo concreto como estrategia para el encuentro crucial de ya mismo...?

—Me mantengo en la única posible en tus circunstancias, Krizofilax Equinoccial: tienes que clavarle tus ojazos melancólicos en el pecho de Aleph Dark.

—Así de fantástico, ojos enfrentando el corazón de un gigante que con un mínimo esfuerzo de sus colmillos me decapitaría.

—Contigo, Krizofilax Equinoccial, suena simple, pues, ningún dragón se atreve a mirar a Aleph Dark con ternura porque acabaría degollado ipsofacto; empero, tus ojazos de verdes saudades, derriten al más endemoniado porque cargan la donosura de Pangis.

—¿Pangis?...

—Tu madre biológica, Pangis. Pero de ella tendrá que informarte a cabalidad tu padre Aleph Dark, si es que no... ejem, ejem...

—Si es que no me parte la tráquea de un mordisco. Cof, cof...

Apostado en el punto donde acaba de plantar a la mítica Grizzli I (y dentro de ésta a la mochila con los útiles que velará está noche de cara al flamígero cráter), emite una respetuosa venia de solidaridad para con la acción valiente de Krizofilax Equinoccial. Ya de cara a la media luna que hacen las murallas del castillo, como arrullado por las suaves olas del mar de nubes lamiendo la playita musgosa, relaciona que ha postergado el alivio de su sed hasta este minuto y que es el momento de echar mano a la pastilla hidratante-vigorizadora de hierbabuena, la que equivale

a ingerir un litro de líquido vital mientras la chupa entre quince y veinte cinco minutos, alargándose así en la dulce sensación de hidratarse. Figura una pancarta de promoción de tales bondades para la rehidratación mundial, "...esta es otra obra del Ente Racional". El hecho es que este líquido, apenas edulcorado, lo libera de una carga física y psicológica en los predios helados; también porta otras pastillas, equivalentes a medio litro de rehidratante, que traen sabores y aromas naturales de una variedad de frutos.

Se festeja con una gragea de a litro, desde que lo acorraló la sed estuvo pensando en ese toque sensual y refrescante de la hierbabuena. Tan comfortable le viene resultando está velación de armas, dentro de él vive un clima primaveral mientras el termómetro en la intemperie sigue bajando, y no hay asomos de humedad o picores de los poros de la doble y única piel. No viene ahogándose en sus propios efluvios como sucede cuando se cubre de ropaje de abrigo y los hedores de las células muertas expulsadas del cuerpo se acumulan, y todo el ser le pide airearse fuera de su prisión sintética.

La gragea cauchosa que forma un triedro se diluye perezosamente, como un hilo de suero oral brotando milagrosamente en el desierto de sus fauces. Flota sobre un oasis aromático y portátil. Si se tragara de una vez ese encanto de a litro, el líquido se expandiría lentamente en su tripa e igual tardaría de quince a veinte minutos en acabarse. En caso de un ataque de demencia hidrópica, si se pasara por el gatzate varias pastillas de golpe, tampoco reemplazaría al efecto fulminante del *calmante definitivo* (la píldora que Olegario Castro le obsequió como infalible y que no expira, para morir rápida e indoloramente en caso de encarar un accidente que lo ponga a sufrir cruel agonía en la soledad de la altitud), no fallecería por una sobredosis. La exageración en el consumo de la gragea vivificante actuaría como un diurético y se vería impelido a orinar copiosamente, cada media hora, por un tiempo determinado por la so-

bre dosis que ansiosamente ingirió. Ciertamente todo esto viene acorde con las indicaciones verbales que le hizo Ente Racional, respondiendo a su humana curiosidad; y, siendo que la palabra escrita no tiene asidero en su convenio, ya está enterado que la materia excepcional que le remite aquél, sin etiqueta ni manual de uso, es inmejorable.

Está cumpliendo con el moderado ayuno que dicta su recogimiento en los lares de su señora. Así no caiga en la tentación echar mano al menú gastronómico en cápsulas (cuales le fueron entregadas previamente a la recepción de la gragea hidratante que aún refresca su gástrico), abriga la certeza de poder hacerlo si se diese el caso de verse impelido a ello. De hambre no se muere ni así lo boten en la Antártida. El menú para situaciones excepcionales, ese que no pesará en la mochila de su última excursión himaláica, es mucho más apetitoso, dúctil y digerible que el menjunje que ingieren los astronautas contemporáneos. La dieta de altitud del Ente Racional, tiene el ingrediente psicofisiológico que la hace insuperable en la soledad de lo inexplorado, se crea a sí misma.

Hace poco, a la sombra de las rocas azabaches del piramidal cerro Quilindaña (*El Ogro*, como lo ha nombrado Olegario Castro), hizo una de las tantas pruebas de esta suerte gastronómica encapsulada. Ha venido catando de este menú en sus salidas de engorde con Lovochancho y Lester González, sin que ellos se enteren de nada, no saben que en miligramos lleva toda la cocina de la biociencia del Ente Racional. Habiendo constatado que una píldora que aparentemente es un placebo puede contener la esencia de un antojo coquinario cosmopolita, que haría sonrojar de íntimo placer al gastrónomo Pompilio Dela Cruz. La primera dosis que se tragó, escogiendo una celeste cápsula entre la coloreada variedad del frasco de treinta unidades y, apenas superó el segundo que duró la impresión azucarada de estar pasándose un placebo, se materializaron minutos de apogeo de sus papilas gustativas transportándose a un

remanso de palmeras sureñas, refocilándose ahí con el *chivo al hueco* que se ha servido, personalmente, en el bosque seco tropical de Zapotillo, “¡Donde no hay ladrones!”, como rezaba el cartelón municipal de bienvenida al pueblo multicolor. Fue tragarse la píldora y se plasmó su hipo por devorar ese platillo predilecto, refugiándose en aires del río que refresca la ardiente frontera sur de la patria. El poder panorámico de la píldora del yantar saludable y por extensión sabroso fue incontrastable, pues, mientras disfrutaba de la fiesta palatina que le regalaba el *chivo al hueco*, aromatizado con ramas de faique, pudo enfocar a los paisanos que hacían realidad la integración binacional con sus vecinos peruanos, ejecutándose en la franca procesión de pollinos automáticamente contrabandistas.

Si Lovochancho fuese el catador de este misterio comestible que le remite Ente Racional a él, Kantoborgy, cargaría en los bolsillos secretos de su mochila el menú completo de Guatería Manaba, y tendría a mano cápsulas con cuartos de hora de guatita jíbara, de estofado de anguila, de sancocho levantamueertos, de sopa de bagre..., etcétera. Imagina a Lovochancho portando dentro del bolsillo monedero del pantalón su acuarela gastronómica, como si se tratase de un frasquito de aspirinas. Así de fácil cargaría un equivalente a treinta días de placeres gastronómicos que no empalagan, que satisfacen toda hambre pero no pesan en el estómago al punto de hacer deposiciones de conejo, o mejor no hacerlas conforme se asciende en las paredes de la locura. De eso se trata el menú de la biociencia del Ente Racional, poder escaparse del rincón más inhóspito del planeta hacia unos minutos de aromas, sabores y texturas provenientes de las ollas insobornables de Guatería Manaba.

Toda una época coquinaria podría descansar dentro del bolsillo del pantalón de Lovochancho. Ya se prende de la figura del sibarita matemático, paseándose despreocupadamente en los parajes floridos de la altiplanicie, sustentando su pastoril inercia con las cápsulas del buen vivir. Qué fuera

si tal maná comprimido fuese lanzado, a precios populares, al mercado del positivismo irracional por Ente Racional; y, por fin, desde el regio titular, ¡*El hombre pisó la Luna!*, brote una noticia luminosa en los diarios del horror global: ¡*Se inaugura la era de la nutrición total: la comida psicobiológica portátil!* Fin del funesto negocio de productos comestibles, fin de la cruel matanza de trillones de animales domesticados para satisfacer la voracidad *Homo sapiens*. Fin de la ilusión de llenarse la panza con los combos de comida chatarra. Suena edénico eso de vulgarizar las píldoras de la nutrición total, y que la degustación gastronómica esté a la mano de cualquier hijo de vecino. ¡Disfrútelo en la intimidad de su gusto!; haga de su instante terrenal un café Madrilón, intercalando el menú largo y estrecho con el menú ancho y espeso.

Como le ha dicho Ente Racional, sus grageas del buen beber y las cápsulas del buen yantar son para los privilegiados que anidan en los brazos de los dioses góticos, “si tu le das una de tus píldoras a un ciudadano hambriento diciéndole que ahí está encerrado el menú de su vida, no le va a hacer ningún efecto y te odiaría por hacer burla de su necesidad...”. Y si me hago de lleno vegetariano por objeción de mi conciencia a una dieta carnívora, mas no porque sea hipotéticamente más interesante la existencia de un rumiante o para verme como un murciélago nectarívoro, si no para dejar de ser incluso en la imaginación un parásito de gallinas, chivos y vacas, por ejemplo... ¿cómo funcionaría lo de la pastilla gastronómica?, le había inquirido al auspiciante de su ocio aventurero, cuestionando si está en su albedrío dictar los ingredientes comestibles de las cápsulas. La respuesta del otro fue la que auguraba: “La apuesta es tuya, como lo es tu heterodoxia. Yo te remito las herramientas para que las apliques en lo que sueña el gótico de pie y con los ojos abiertos”. Y despierto, sobre sus pies en las dulzuras del llano, cuando enfrentaba la implacable realidad vertical que desde abajo se le antoja un imposible,

ha vislumbrado esto como un sueño. De modo que no hay maestrías para enseñarle a usar sus herramientas en los instantes de vida y muerte a los que se somete a voluntad, a la hora de la acción saca provecho de ellas porque están confeccionadas a medida de su ambición y con el carácter de intransferibles. Así la doble y única piel.

Sube su montaña con mayores argumentos que ayer debido a la experiencia que adquirió en la conquista de lo inútil, motivado por el estilo libre que le exige la propuesta que le ha hecho a su hado; y no obstante esa sapiencia acumulada sigue apostando al riesgo mortal, éste se ha entronizado en su agenda porque sufre en el límite máximo de lo vertical. Lleva consigo el estigma olímpico de lo que es hacer, casi desnudo, paredes prístinas ochomil, y por eso le están entregando lo mínimo que requiere para incrementar el riesgo en su salvaje empresa. Nada le garantiza que no va a dejar su flamante doble y única piel en la cota reservada a la música de las Parcas, o mucho antes de que ingrese a hollar sus sombras, cayendo en una grieta o siendo sepultado por una cascada de nieve. Imponderables no faltarán en su despedida de los muros del Himalaya.

“Lo inesperado no es un patrimonio de ustedes, los góticos”, le dijo riéndose Ente Racional, pues, subiendo por una escalera a coger un aguacate que estaba apenas a un metro por encima de su cabeza fue capaz de desbaratarse y fracturarse un tobillo. Ente Racional le confesó que solamente con oír de sus episodios prensiles en los abismos glaciales y se queda exhausto. Por eso que éste comprende es verídica la probabilidad de que culmine su instante de *Homo sapiens* en su próxima empresa; más allá de la doble y única piel, el hilo biodegradable sucedáneo de la tela de araña para rapelar en la retirada, y las pastillas para no pasar sed ni hambre, está expuesto a un accidente como Ente Racional trepando una escalera para alcanzar el fruto de su deseo.

Si él tuviese que explicarle a Lovochancho lo de las píldoras del buen beber y del buen yantar, le diría que está

en él echarle gracia a las cosas de comer tal como lo hace con sus días en su mansión arbolada al pie del cerro Ilaló, que si no los amolda a su íntimo ser serían insípidos y repletos de masedumbre utilitaria. Al menú gastronómico de la bio-ciencia del Ente Racional, no puede someterlo al gusto de otros sino sólo al suyo, de esta manera en su menú no hay rábanos al limón o la carne cruda a la tártara ni el recetario de los doctores especializados en dietética, o los platillos de las ponzoñas graduadas de imagólogos que dicen comer riquísimo. Lo justo es que el ascensionista manipule las alas que le proporcionó su naturaleza, y esté en condiciones de crear un menú amparándose en las circunstancias que sufre en los traslados hacia arriba, nadie más apto que el sujeto acomodándose a sus necesidades. De esto que las raciones alimenticias que le envían no portan denominaciones gastronómicas, no dicen esto es perdiz a la naranja y lo otro cebiche de palmito, o la pastilla azul es paté de hígado de ganso cebado a morir y la roja es endibias a la finlandesa.

“Hermanito, hemos dado con el traje subcero de tus sueños himaláyicos”, le anunció Ente Racional con el acento fresco de los caribeños que transforman la *ere* en *ele*, como emitiendo una tonadilla oceánica. Independientemente de las diferencias de ritmo y estilo entre el dialecto caribeño y el del montañés ecuatorial, el lenguaje que manejan ambos es equidistante a un mismo centro de gravedad, de ahí que se entiendan correctamente a la distancia, obviando el complemento del idioma corporal que puede mandarse un discurso disonante con el verbo y decir mediante visajes me parece que tal cosa va por ahí cuando los vocablos expresan que lo suyo va por allá. Ocasionalmente suele hacer un recuento de las conversaciones sostenidas con el invisible dador, como un ejercicio indispensable para mantener engrasada la memoria de sus diálogos que no tienen registro escrito ni archivo en el tiempo, parecido a lo que hace Olegario Castro con sus emisiones en radio-libre Marañón, las libera en una sonda espacial sin retorno. Es prudente

mantener el espíritu de sus diálogos mediante la reorganización retrospectiva, y cualquier momento es bueno para recrear lo que se dicen telefónicamente y luego se plasma en la acción cuando le llega el paquete con las novedades prometidas informalmente por Ente Racional. Cuando le arriban los productos de la biociencia calibra el alcance de las palabras del otro, y todo ese hablar entre en serio y en broma toma la dimensión real de la práctica.

La bebida dulce de hierbabuena cumplió su función hidratante a cabalidad. Esa sed que lo cautivó cuando sus células al unísono reclamaron por un líquido vigorizante, fue retrocediendo hasta dar con el diorama del remanso donde se ha agrupado la manada de los lobos de Galadriel. Los cánidos, al pie del ruinoso castillo que da la impresión de estar remozándose, aúllan formándose en un círculo de fuego, prestos a danzar al son de la música de cuerdas que brota del mar de nubes chocando contra los colosos andinos.

Barrunta que a partir de mañana usufructuará de dos modalidades de lo visual: la vulgar del pájaro diurno y la extraordinaria del nictálope. A la luz de su visión noctámbula reconoce el espacio musgoso que hace una hora, ¿o dos siglos?, interactuó con el jefe de la manada de Galadriel hasta llegar al contacto dactilar. Se esfumaron los pardos verdes de la nube traslucida que lo envolvió en la tarde, pero las sutiles tonalidades del musgoso rellano prevalecen en iridiscentes blancos y negros. Es como si hubiese montado campamento en la playa de una tierra salvaje bañada por un océano manso, teniendo tras él un volcán helado que se refocila porque sus pies son acariciados por aguas cálidas. Tiene ante sí un paisaje tan agreste como bello, donde el incendio crepuscular se ha contenido con largueza en la cúspide del Cíclope, y es aquí donde velará las viejas armas de subir, las que preservó para el ritual de este deporte filosófico.

Pincho III, el Salvaje, antes que voltear a enfocar lo al peregrino olió sus moléculas reapareciendo por la boca del túnel de las escalinatas del catillo. El lobo percibió la doble

y única piel que éste gastará “hasta la última patada” en el lomo crispado de *La Diosa Madre de la Abundancia*. Pincho III, apenas se distrajo con el silencioso espectador bípedo, manteniendo su atención en concluir la danza circular de los lobos guardianes. Ante la franca indiferencia de los cánidos a su doble y única piel (que él consideraba, cuando cometió quedamente *Danza triunfal del Aqueronte*, podría ser fosforescente como la de los Espaciales Saponáceos), torna nuevamente a palpase de pies a cabeza por cerciorarse que está así de expuesto a la cruda intemperie, “cual yeti lampiño de las nieves tropicales”.

Cómo no sí señor, estamos sin la lana que abriga a los danzantes lobos de Galadriel, y sin embargo tan o más protegidos contra el frío que un zorro plateado del Artico.

Esta calzando una pálida y liza piel de yeti lampiño de las nieves tropicales, y no el traje subcero que despedía intensas tonalidades azules. Su ropa subcero por estrenar, como se lo ha venido repitiendo, emitía una iridiscencia propicia para el disfraz del héroe del cachascán vía microondas, Kantoborgy. Y se imaginó estrenándolo en el Cuadrilátero de los Lamentos, donde se lució el Guanchaco Librero desenmascarando paladinamente a Culincho Sutil. Habría sido una broma inocente si no hubiese sabido que todo lo que le provee Ente Racional es para la vida en serio, la vida a borrador, en la que no hay vuelta atrás.

Permanece fuera del círculo de seguridad de los lobos, ensimismado en su condición de cronista de los rituales que se han extendido al volcán entero. La realidad que consiste en ver más que ayer, se adorna arriba con fuegos crepusculares de una duración nunca antes tan sentida, y acá abajo con una visión monocromática impecable en el reino de las sombras sublunares. En todas las noches de luna llena reunidas de su instante mortal, a pesar de exhibirse como un amante de la nocturnidad en las ondas largas de radio-libre Marañón, y presumir jocosamente de nictálope, jamás había capturado estos detalles preciosos de las

sombras en el llano contrastando con un fuego crepuscular inapagable en la cresta de las montañas. Son cuadros tan esquizofrénicos y geniales como los que salieron de Van Gogh, y este rato de los ojos de lechuza de Kantoborgy. Esta visión nunca la tendrá el autómatas atrapado en las luces enceguedoras de los templos de la modernidad.

Atrás quedó el apogeo de la primera tienda de alta montaña que inició la serie de las Grizzli, cuando expuesto al abismo de su arrojo juvenil se incorporó en puntillas a la presa mineral que al cabo lo está conduciendo a la cúspide del gótico. A fuerza de quererlo así, partiendo de esta variante del sueño de una noche de verano, ha conectado con el chamán vigente hace setenta mil años en esta misma naturaleza. Además de la veterana Grizzli I, se allegó con algo relevante del equipo sobreviviente de las etapas que ha ido aboliendo hasta arrancar de sí la idea de realizarse como un trepador eficiente en la cumbre comercial, la del tráfico nutrido en alturas desacralizadas, la del sujeto alienado clavando su bandera de la nada sobre la nada. Se desembarazó de la montaña fotogénica que se experimenta bajo el estilo mediático de hay que vender bonito la tracción animal hacia arriba, y hacer populares esas lágrimas de impotencia del hombre ante sus límites en la intemperie salvaje. Y no cedió a la tentación de reducirse a una etiqueta por el efecto succión de la muchedumbre adicta al engrandecimiento de los miserables de espíritu, no se mudó al discurso de un enloquecido coleccionista de peripecias de altitud que cuenta con un público que aplaude automáticamente, público ávido de que sus santones protagonicen un exorcismo del rebaño convencional.

No hay mejor purgante para los ejecutivos de moda que pasarles la fantástica religiosidad del trepador que halló la iluminación en el estercolero de los montes ochomil. El santón, rezumando altruismo deja fluir su luminosidad ochomielerera, se presenta en los foros de los profesionales arribistas, abrazando con su verbo a la concurrencia que

paga su billete para ser motivada ipsofacto, ahí mismo en sus confortables sillones de atrapar sensaciones eléctricas, resucitadoras.

El santón es vibración cosmopolita, un aprovechado ochomielerero. El santón motiva a su público como si tuviera en el proscenio a los contribuyentes de sus caprichos expedicionarios de la cuerda fija anclada kilométricamente en la montaña de turno, haciendo la maraña multicolor de sogas que mulas humanas colocaron con el sudor de su lenta agonía.



MANTRA DEL SANTÓN HIMALAYISTA

Fuerza ectoplásmica me fluye; me fluye desde muy adentro de mi ser...! Y antes de ser no transmitía luz a mis congéneres, era un ente cerrado a mi dolor de escalar solitariamente en los picos tropicales, ahora emano energía tintineante para ustedes. En los montes Himalaya me gradué de cosmopolita, aprendí que de las alturas ochomiele-
ra uno baja para contarla, es como un afrodisíaco: contarla. Compartir mi sendero a la iluminación con gente de negocios, gente de la cosmética, fragantes como ustedes, es un placer que me aparta del egoísmo de los que dicen que no sufren la altitud para contarla.

¡Ánimo!, pujantes compatriotas, si ustedes se lo proponen pueden fabricar y vender su propio Chimborazo, aflojen de su piel las células muertas y revivan con las recién nacidas sin atropellarse, sentados. Cierren su mente al estruendo agonizante de cloaca y sintonicen la buena nueva que les traigo de muy arriba, silencien el rugido de sus aguas hervidas y den pie al embriagante soneto de mi corazón latiendo a través de la hermosura que me trasvasó la *Diosa Madre de la Abundancia*. Estaremos conectados cuando escuchen la sinfonía (sin interferencias morbosas) de yo

puedo sobrevivir a la zona de la muerte, en el magnánimo vientre de los elegidos para contarla afrodisíacamente... Ésta es mi buena nueva, mi música ascendente.

Tirolin, tirolin, tirolonnnn...

La capacidad de ascender cunde, los atrapa el aire de trabajo en equipo que les entrego con el afán de encordarnos en las rampas del cosmos, y trascender con la luz que otros iniciados me cedieron a su vez, escrito está en mis catorce crónicas de voluntad de iluminación. Ahora sé cómo hacerlo donde me plazca y las circunstancias lo ameriten, y eso les sirvo en bandeja a ustedes fanáticos del éxito. Todo es cosa de que en ustedes mane mi energía himaláyica bajo los beneficios que otorga el sumarse al ejemplo de vida del príncipe Sidarta Gautama y, por herencia de cuna, en conjunción con el estilo de vida del jovial Jesús, y con ello consumir en ti una iluminación ecléctica de oriente y occidente. La cuestión es subir al tope de la torre de babel de nosotros los catorce ochomieleros, y tener conciencia de ello porque los más todavía están abajo ambicionando con estar en mi lugar. Ésta es mi música ascendente y afrodisíaca.

Tirolin, tirolin, tirolonnnn...

Tirolin, tirolin, tirolonnnnnn...

Antes de mi trabajada iluminación me perdía de ser lo que soy ahora, escalaba sin la bendición de mis ídolos, por estar obcecado con hacer las cimas platónicas, las cumbres introvertidas que enriquecen al duende egoísta pero no te aportan peldaños en el escalafón social, ni te dan ese empujón crematístico que ayuda a mantener el tipo y sonreírle al mercado de lo productivo. Abandonado en la montaña tropical fui incapaz de motivar a un perro faldero a faldear, ahora no sólo que hago limonada con mis limones sino que la vendo rentablemente, y el sediento ciudadano callejero

que me la compra agradece por haberle ayudado a llegar a la meta y me paga el doble por el placebo. Lo he dicho y no me harto de repetirme a mí mismo: cualquier gran meta, la que se presente al voltear la esquina si te apetece vencerla la vencerás. Me fluye el discurso que ayer apenas lograba la simpatía incontable del pueblo pata al suelo; ahora cosecho firme, en constante y sonante, las lágrimas sembradas doblando el lomo en la altitud multicolor de las cuerdas fijas, emblema del tráfico de fatiga intercultural. ¿Estamos ya conectados con mi música de las alturas tibetanas?

Tirolin, tirolin, tirolonnnn...

Tirolin, tirolin, tirolonnnnnn...

Tirolin, tirolin, tirolonnnnnnnnnn...

Habíamos dicho ayer, en foro parecido a este, que nacer es un milagro hediondo, criminal, de la vida, siendo el escogido un triunfador que empieza a morir apenas le dan su chirlozo de bienvenida a los términos de intercambio de favores metálicos. Así es como entramos al ruedo de las oportunidades que no hay que dejarlas correr, pues, tenemos chulla vida y aleatoriamente sufrimos variedad de muertes. He ahí la esencial paradoja, chulla vida frente a una variopinta oferta de la muerte. Ya pueden servirse de mi iluminación con solo estar al son de mi verbo sabiamente meneado; aquí mismo plantados en sus butacas, sin oxígeno artificial, han sido agraciados con la visión de mi reinado en los ocho mil metros de altitud, pasando a ser con su empatía mis proyecciones de prohombre... A ver, A ver, concluyamos al unísono, favor repetir conmigo, con la fuerza de la motivación que les concedí: Si te dan catorce trabajos, devolvamos catorce hechos y la yapa, ¡catorce y la batida!

“Himalaya: factoría de héroes alienados”, tal podría haber sido el título de su aborregado futuro si Olegario Castro no lo aviva del cocacho, quitándole del tercio de pu-

blicar sus memorias de doblegador de montañas fotogénicas, y decir como el santón: ...para contarla afrodisíacamente he nacido. Fue providencial esa intervención del montañero Castro, quien lo liberó de fungir de eximio motivador y servir, vía butacas ergonómicas en una sala de convenciones de punta, de guía espiritual de aquellos deseosos de una dosis de altitud, debidamente atendidos con tentempiés dietéticos hasta ser sujetos del reparto de diplomas que el iluminado firmaría declarándoles ponzoñas graduadas de excelentes cristianos y, por extensión de su ánimo budista occidental, de sanos cultivadores de su codicia. "Muchacho, vete a presentar tu obra con un epígrafe sustancioso, a lo semidiós-trepador, verbigracia: *Kantoborgy, el amansador de Las Parcas*", le dijo Olegario Castro, cuando se apersonó en los cuartos de radio-libre Marañón a que lo felicite por haber ejecutado, frisando la veintena, una quirúrgica variante en solitario de la infernal pared sur del Aconcagua, escalando cerca de tres mil metros en vertical, emulando el estilo explorador de los grandes que en este deporte filosófico han sido, ganándose con tal tempranero suceso el pasaje a investirse de ínclito himalayista.

No evita ruborizarse revisando el después de su hazaña sobre el techo de las Américas. Se observa ingresando a las fantásticas instalaciones de los medios de embotamiento en masa. Allá fue a posesionarse del podio de los vencedores, exponiéndose a la expurgación de la profesional de la elite noticiosa, mujer fogosa en el retruécano de la información al instante; la cual, de entrada lo desnudó con la cuestión de rigor, retándole con sus ojazos de diabla ingeniosa en su perfumado oficio. ¿Qué sintió, Kantoborgy, incorporándose en su cumpleaños al techo de las Américas? Y él respondiendo, sonrisa de cocodrilo al aire, sobre la tal incorporación, cobijándose en la candidez de su temeraria juventud, apurándose a hablar por las ganas de salir en estampía de esa instalación fantástica y nunca más volver a prestarse al absurdo de explicar lo inexplicable. Sentí ga-

nas de bajar corriendo para no volver más por ahí, una divinidad gótica me salvó de las congelaciones que podrían haber truncado mis posteriores incursiones en el séptimo grado... La suculenta ingeniera de la comunicación periorborrea, aunque sin entender pizca de la divinidad gótica y del séptimo grado (acogiéndose al precepto ecuménico de que todos somos gente ergo, sentimos a fin de cuentas lo mismo), lo consoló con lo de te juro así mismo es, ya verás, Kantoborgy, vas a volver a por más conquistas en la montaña de tu destino. La Boa Delos Vientos Atómicos, en uso de su experiencia de los afectos y fobias humanas, de tanto ver las caretas de sus entrevistados frente a su propia careta proyectándose sobre el rectángulo de la tele-penetración, acabó sincerándose con él, ella también había dicho que nunca retornaría al océano que se le presentó encrespado y asustándola a morir la primera vez que lo vio, prometiendo no regresar jamás a él; no obstante volvió a contemplar las olas, ya le fascinaban cuando están furiosas; y, cada vez que sobrepasaba la curva del serrano aburrido, posando su vista en la inmensidad de Poseidón, no podía dejar de exclamar: ¡elé el marrr...!

¡Elé el marrr...! Es lo que se dice de un amor que nos asusta de inicio por su impetuosidad; pero cuando uno retorna calmado a ver si hubo un cambio en la disposición del ser que nos hizo huir ayer, éste nos atrapa con una fuerza avasallante. A ella, La Boa Delos Vientos Atómicos, le pasó a tierna edad con el mar salobre, no se diga a él ya maltón con el cerro Aconcagua, así son las pasiones difíciles. Y él confirmando a la guapa sonsacadora de sus ambiciones hacia arriba que ya está soñando con otras glorias ascensionistas. Y ella señalando que algo "olímpico" debía darle a la patria posteriormente y no contentarse con el techo de las Américas. Y él rendirse nunca porque ya le tomó gusto a encarnar al más joven en hollar la hórrida pared sur del Aconcagua. Él no dudó en satisfacerla denunciando que tenía en la mira cocinar los catorce ochomiles por sus accesos

normales y ser el más joven en lograrlo sin oxígeno pero sí con todo lo demás que es bastante si se ponía a enumerarlo.

Emancipado de los efluvios orgiásticos de la Boa Delos Vientos Atómicos, se observa más canchero en otras instalaciones que hacen patria por su vocación informativa ineludible con el pueblo que no come batallas contra endriagos y vestiglos. Se mira en el rumbo fijo a la fama que convida a sus entrevistados, el imagólogo Boca de Sapo, ni bien los presenta a la respetable masa televidente. Allí está, en la sala mediática donde Boca de Sapo se luce y reina; éste gentilmente ensalzó al muy prometedor andinista. Éramos un paradigma de muchacho patriota todo forrado de parches publicitarios, usando la chompa comercial que nunca sufrió fatiga, calzando prendas de luces andinistas que no usamos en la vertiente de miedo del Aconcagua, promocionando el logotipo de cada una de las empresas auspiciantes de su conquista de lo traducible en heroicidad en el rectángulo que controla a las masas de bípedos sedientos de historias para escalofriarse con moraleja útil: tú puedes ascender a la cima desde tu trinchera de los siete y más oficios que te ha dado el Señor que es un profesional de lujo. Los autómatas alimentan al patriota desde el hueco que se hallan pujando por las cositas de oferta en los templos del consumismo y por reflejo son ejemplares con solo ser pujantes. Boca de Sapo hábilmente interpretó así nuestro mensaje subliminal, desarrajando una perla: “Usted, Kantoborgy, está listo para hacer la montaña de los que arriesgan en el libre baratillo de maravillas que fabrica el consumo preternatural...”. Como dice el vulgo, no entendimos qué quiso decir Boca de Sapo pero nos fascinó.

Creoso horizonte de mar de nubes se baña de luna llena. Revisa que las estacas de la histórica Grizzli I estén bien sujetas al piso, disfrutando de la curiosidad que despierta en Pincho III, cual viene siguiendo con mirada escrutadora el ritual de la disposición de las viejas armas de escalar, atento a sus movimientos desde que concluyó la danza

del fuego crepuscular y mandó a los lobos a mudarse a vigilar desde los atalayas del castillo engalanado con las luces de bohemia que encendió la luna. Quitándose del exabrupto mental de que las ráfagas de frío mortal que azotan la tienda lo van atenazar abriendo brechas por los poros de su doble y única piel, prosigue con el ritual homenaje a las herramientas de escalar que descansan dentro de la Grizzli.

Oda a la Grizzli y a la pulga pichinchana que un día cargaste al circo católico del Altar. La Montaña Sublime, fue obligado peregrinaje a encajar vías vírgenes, sus picos apostólicos ofrecen las mil caras de su anfiteatro estratovolcánico, único conglomerado de cumbres nevadas en la república de los contrastes ecuatoriales, todos estos en rebajas en las vitrinas del desarrollo sustentable: amazonía en trámite a la deforestación a cambio del subterráneo eructo pestilente de Satanás; tierras altas desperdiciando el invaluable líquido de la desglaciación; llano costanero en vías de anegación por el efecto invernadero; islas Galápagos en franco desencantamiento.

Tuvo que a propósito tomarse su tiempo existencial para desechar la basura que le inyectaron en los centros de estupidización *Homo sapiens*, lo hizo como un acto imprescindible de desintoxicación a favor de la vida, expulsando de su caletre los enlatados del positivismo irracional, expulsando de sí a los facilitadores del me fluye, me fluye, inspirados en las musas del tonillo alienante. Tirolin, tirolin, tirolonnnnnn...

La noche avanzando en lo gélido se refleja en el termómetro que cuelga de la Grizzli, pero él continúa inmerso en la cálida aura que lo envolvió desde que ingreso al ámbito de las ruinas. El diurno se fue con puntualidad ecuatorial llevándose la cellisca, patrocinando la caída ruborosa del perfil de la cordillera anudando picos dispersos. La tardecita feneció en el mar de nubes sepultando los signos de la humana codicia en los afables valles interandinos. Se esfumó la tarde traslúcida para que la noche entre despejada

bajo la cresta aún llameante de las montañas donde anidan los cóndores. Los picos sobresalen como antorchas del archipiélago andino. La plateada melena del Cíclope azoga en la visión sublunar del peregrino.

Esos glaciares no volverán. No se acostumbra a ser testigo del fenómeno que desató el exterminio de los campos helados, con tal velocidad que el estado material de un hombre sobra para dar testimonio de ello. Esos glaciares que en su niñez constituyeron una metáfora de la inmortalidad se diluyen de repente, antes que el niño que habita en él pueda asimilar su pérdida y resignarse a que los seres míticos de la serranía se deshacen como helados de paila expuestos a la canícula, y corren la misma suerte de los manglares que Don Goyo empezó a ver morir en su senectud, promediando el siglo espacial, en la Isla Virgen, y hoy ya son parte del mapa de los bosques primarios extinguidos. Recién en estos días puede palpar con el corazón y la mente lo que el centenario Don Goyo sufrió al constatar el ocaso de su ínsula, mientras abrazaba a la muerte, aceptando que era un hecho la desaparición del mangle que sus ancestros se lo habían presentado como indestructible.

Igual que el desvanecimiento de los manglares de la Isla Virgen permutándose en adoquín, estos glaciares no regresarán, nada en sí retorna si se pone a hablar hiperbólicamente, ubicándose en la línea que marca el fin de las nieves eternas tropicales. En todo caso no puede dejar de apreciar que los heleros del Cíclope, aun heridos, refulgen como los luceros que titilan haciendo constelaciones más arriba de las antorchas que se han constituido las cumbres de las montañas, como si estuvieran señalizando un campo de aterrizaje para gigantescas naves espaciales.

El tiempo se estira y encoge en sus sentidos conforme atrapan el aroma de una flor diminuta aquí, el canto de una gaviota de páramo allá. Particularmente se distrae en el diorama original de los aposentos de la divina; por fin encierra de un golpe de vista la fastuosidad del conjunto

de la edificación de Galadriel, tal como fue antes de su destrucción. Las ruinas desbordaban su imaginación diurna, haciéndolo que intente reconstruir en su menta esa beldad arquitectónica que reinó entre los pardos verdes y el glaciar del Cíclope. Trató de esbozar el todo del castillo original, y únicamente consiguió imágenes precarias aún enfocándose en las partes mejor conservadas de sus ruinas. El palacio se deformaba sin poder ordenarlo en una fotografía integral, de postal, devolviéndole una imagen difusa de su antiguo esplendor. Al cabo de los años, cuando hace su última peregrinación a los aposentos de su señora, tiene un cuadro angular nítido, y en su perspectiva es una obra maestra como si fuese una creación compartida de Leonardo y Miguel Ángel.

Por más que estiro las manos nunca te alcanzo lucero...
Canta en su interior para no desviar la atención de Pincho III que viene desarrollando un reconocimiento olfativo en rededor de la Grizzli I, habiendo depositado ya sus feromonas sobre las estacas que templan el alero del porche.

Hace minutos, ¿o siglos?, no podía integrar la belleza arquitectónica del castillo en su plenitud. Ahora, sobre la playa musgosa, naturalmente encaja ese todo arquitectónico que en sus anteriores visitas a la ruinas se le venía negando. Ya encuadra el escalonamiento de los lobos en las torres de vigía, cubriendo las murallas del castillo de Galadriel. La edificación pétrea se exhibe majestuosa, cual renacimiento nocturnal de su magnificencia primordial, la que el hombre jamás completó en lo visual diurno, por más voluntad que ponía en hacer realidad tan febril deseo sólo obtenía espejismos. Carecía de los ojos que este momento tiene para ello. Al proponerse capturar el palacio en su apogeo partiendo de sus ruinas, apenas parecía que vislumbraba ese absoluto y éste se diluía en la borrosidad de lo onírico. Amén que hacía un esfuerzo enorme para imaginarse esa fortaleza en la cúspide de su hermosura romántica, fue incapaz de armar la totalidad de su fachada a plena luz solar, no se diga en el

crepúsculo que, aun ayer, era la puerta de ingreso al reino inexpugnable de las sombras.

Jugo de amargos adioses es mi vaso predilecto... Se congratula por su clarividencia, ya no tiene que forzar el caletre para recrear lo fabuloso pretérito, pues, con sólo pararse en la penumbra a mirar distraídamente y están ahí las formas prístinas del castillo en su conjunto desencantado... es decir encantado pero no embrujado... más bien fenomenal sin ser fantasioso... o mejor una instalación del absoluto en medio de la relatividad... Caramba, profesor Duvolosky, otra vez estamos irresolutos; yo sin poder extenderle razonablemente lo que se deposita en mi memoria mágica, imposibilitado de hacerlo con la naturalidad del dueño de la realidad que despejó la incompreensión de ayer. Y, usted, otra vez, intentando cuajar una teoría extraterrestre.

Y me embriago en lejanías... Nos acoplamos a la canchalesca del velero Kantoborgy, quien se pierde cadencioso en el mar de nubes, proa a la estrella del norte. La fragata que partió de los muelles del castillo de Galadriel, se hundirá en los luceros que no atrapan nuestras manos. Es el epílogo de ese capítulo de especulaciones suspendidas en aproximaciones a la estética primera de las ruinas, mañana no seguirá fabulando sobre aquello en las ondas largas de Marañón.

Qué lejanías me otorga el postrero incendio a occidente, le hablo bajo pero festivo a Pincho III, que se le acerca calmoso tras haber dado por concluida su requisa olfativa de los exteriores de la Grizzli I. El lobo ha entrado en confianza con el bípedo parlante y, en su calidad de jefe de manada, le participa con el lenguaje de sus ojos flamígeros y su cola batiente, que una vez los cánidos han montado guardia en los aposentos de la divina, tiene vedado el acceso al túnel de ingreso a las escalinatas. Conforme, Pincho III, así lo interpreto y acato: no osaremos poner pie en el palacio de la divina; no moverse, es parte de mi sagrado cometido de velar las armas. Luego, con el lenguaje que hemos inaugurado entrambos para comunicarnos, mis ojos y mis manos

te invitan a ti y a tu insigne olfato a continuar la ronda en el interior de la Grizzli primera... Si está en tu ánimo hacerlo, Pincho III, será un honor para nosotros que ejerzas el derecho de husmear y entretenerte con los efluvios de la biociencia que se posó en tu lugar.

El peregrino, inclinándose ceremoniosamente, abre la cremallera de la tienda de abajo hacia arriba, y, al par de instarle a pasar al lobo, le tiende un mohín de si eres amable favor no descargues tus elocuentes feromonas dentro de la tienda que es tuya también. Prosigue, prosigue....

Pincho III, dibujando hierática sonrisa en sus immaculados caninos al aire, acepta la invitación, y procede a investigar cautelosamente dentro del cubil portátil. En otras ocasiones le había provocado revisarlo minuciosamente; no obstante, en aras de mantener la distancia mínima de seguridad con el peregrino que los visita de improviso, reprimió su gana de ver en lo ajeno como lo está haciendo este momento. Se desvaneció el último cerco de desconfianza que abrigaban ellos dos en nombre de las fronteras psicobiológicas entre especies.

Pincho III, no tarda en regalarse un revolcón gruñendo de placer sobre el piso de la guarida artificial del individuo que, obviando reclamar un puesto preferencial en la elite lobuna, ha calzado salvajemente en ella. Seguidamente husmea en el macuto que trasciende a frutas, a fatiga impregnada en trapos y a herramientas trajinadas en el filo colindante entre la gloria y el ocaso del ser gótico. La mochila permanece parada en un rincón del cubil, con la piqueta y el martillo sujetos a vista en las correas exteriores de los costados; no llamó la atención de su olfato lo que se halla dentro del bulto, pasó de hurgar en la heterogeneidad de útiles que cargó el andinista a sus históricas y misteriosas ascensiones himaláyicas post pared sur del Aconcagua. No hay nada de la ferretería que el escalador común abandona en las montañas, son muestras del equipo que el gótico no dejó ancladas a su pared de miedo. Las vitaminas que ge-

neran los árboles frutales no le apetecen a Pincho III porque ya las tomó de la flora intestinal de un succulento conejo; tampoco se interesa por los vahos de la ropa vieja saturada con las células que perecieron en la fiebre ascensionista.

Ya la manada identificó el genoma del sujeto que abre vías verticales en una zona vetada para el común mortal, supo hacerlo a poco de que éste se apeó del todoterreno guiado por el matemático dueño de la fórmula intransmisible del *dulce cimarrón*. Pincho III, culminando la vuelta de oficio al zurrón mortificado en las alturas de la primera juventud del escalador, no hace mención de esparcir ahí sus feromonas ni le provoca desordenarlo a mordiscos; tampoco raspa con sus garras el piso procediendo a olfatear en las demás esquinas, donde no le apetece depositar los mensajes químicos que segregan sus riñones.

¡Eso es cortesía entre mamíferos alfas más y más! Acucillado en el porche, atisbando en el interior de la tienda, el gótico da rienda a un resuello de satisfacción ante la sobriedad del lobo, cual respondió aristocráticamente a la invitación a compenetrarse con las herramientas de su fatiga en pro de la pared libérrima.

Pincho III, sale de su ensimismamiento con los añejados aromas silvestres de la Grizzli I, y abandona el cubil que apenas recibió sus huellas. Se abstuvo de dejar sus fluidos corporales, correspondiendo a la cortesía del ascensionista que no tendrá que poner a su tienda a remojar en lejía y con ello hacerla que pierda el perfume concentrado de su añosa aventura.

¿Y, Pincho III, husmeaste bastante? ¿Te llevas el legado olfativo de nuestro tráfago de alta montaña? Interrogó evitando fijar más de lo propio sus ojos en la mirada centelleante del lobo que, tras unos segundos de mutuo entendimiento ocular entre sujetos dominantes, emprendió en un trote cuesta arriba para alcanzar el túnel que lo reunirá con su atalaya en el castillo.

No se nos ocurrió siquiera decirle a Pincho III: ¿Y..., te deslumbró la vista de las intimidades de la Grizzli I?

Merced a nuestra vasta experiencia con los canes de pastoreo que hemos criado en nuestro hogar volcánico, bien arriado al bosque protector del cráter del Pululahua, constituyéndonos en los guardianes de un pedazo de biosfera que aún no sido degradada por el asfalto. A lo que vamos es que ellos residen en un mundo donde reina la nariz, siendo el poder olfativo de los cánidos la principal diferencia con la modalidad de lo visual humano.

Aplausos lobunos...

Ellos, nuestras mascotas, nos enseñaron que perciben el mundo discriminando entre millones de partículas odoríferas, luego escuchan localizando lo imperceptible al hombre, y apenas usan sus menguados ojos para perseguir lo que se mueve.

Aclamación lobuna...

Algo hemos aprendido domesticando a otros como a nosotros nos domesticó la escolita... Si, Pincho III, obtuviera a su medida una doble y única piel del Ente Racional, entonces exaltaría sus sentidos en ese orden lobuno, verbi-gracia: primero, olería muchísimo más que ayer; después oiría bastante más que ayer y, por último, vería una pizca más que ayer. Especulando, la nueva realidad de Pincho III, no la contemplaría primero con los ojos -como yo- sino con la nariz y luego con las orejas.

Redoblada ovación lobuna...

Recaba en la noche de infierno himaláyico, ahí luchando para que no se apaguen sus ojos en un forzado vivaque, cuando dormir hubiese sido descender sin dolor a la muerte helada, sedado por los efluvios de azucena y cedrón de Galadriel. Empero, el instinto de supervivencia, actuaba automáticamente entregándole a los brazos benefactores de la estulticia, haciendo que de la oscuridad hipotérmica surja Lovochancho para invitarlo a un *café asustado*, aquilatándose con un trago del reposado Aguardiente Agustino, y emita las palabras que iniciaban un diálogo resucitador.

Basta de abominaciones Kantoborgy, suficiente de tormentos himaláyicos, mejor bebe de este caldo primave-

ral... ¡Saludcita! ¿Qué me dices? Cómete una pera y conversemos de las flores escondidas en los caseríos del bosque seco tropical como del que brotó Ana de Cazaderos; o del menú de Guatería Manaba; o de los sueños del ínclito vate Don Francisco de Quevedo, oreándose en un averno de prósperos y ponzoñas graduadas; o de la suerte que tuviste al juntarte con la divina ausente. Así hasta que amanezca, ¿quieres?

Igual se meterá en la noche más extensa de sus días, a la fecha. ¡Cómo está durando la antorcha crepuscular del Cíclope y sus camaradas andinos! Parece que el dueño del mechero ha dejado a los volcanes estacionados en el incendio crepuscular para darles la bienvenida a los Dragones de Gea. Esta noche voluntariamente no despegará los ojos de una vigilia impensada por su integración a la luz que emana de lo exclusivo sublunar. Viene alerta en los lomos del gigante, el observador está atento porque no habrá otra ocasión para repetir este portentoso. Aquí empatá con la madrugada en la que el murciélago pescador tropical se estreña pescando en las tinieblas con el poder de su ecolocación, así caza y devora la tierna carne de una piraña, hecho que no se volverá a dar con esa intensidad de lo iniciático. De esto que prefiere no medirse en su gusto por cosechar en los pensiles sublunares del Cíclope, permitiendo que sus ojos se harden de lo insospechado; así, lejos del pirata callejero que se abotaga de las calzadas y sus letreros que lo invitan a colaborar con la hediondez de lo prosaico.



CANCIÓN DEL PIRATA URBANO

De súbito se encuentra ensayando una letra y ritmo metálicos, sorprendiéndose por inyectar música dura a los muros de su señora; proponiendo a la manada de lobos sea un coro que lo acolite, desde la platea argentada, con un

estribillo de corte palaciano: *El vacío de la vulgaridad frente a la tragedia de la genialidad...*

Todo el día pateando el Patrimonio de Humo,
repitiéndome como mejor ciudadano,
por ventura del decálogo del generalísimo,
Diosdado al libre mercado.
Cerrando el bólido a los vahos de cuneta,
saturándome con el aroma de macho cabrío
cargo los aires de parques elíseos;
transitando anclado en mi torre de cristal,
aparto la nariz y la vista de las momias,
reprimiendo las ganas de atropellar.
Tarareando la música de Culincho Sutil
circunvalo derrochando ambiciones:
voy a por una niña con bagaje edilicio
que me ponga el yugo del trabajo municipal,
aprobando instalaciones de hierro
simulando animales en bicicleta,
oxidándose en los redondeles
que saludan al culto chofer Victorino.

El vacío de la vulgaridad frente a la tragedia de la genialidad...

Sol de Semáforo se apura a vender maní y chifles,
desatendida de la jerga brutal de los fierros,
sorda a los piropos de cantina,
vestida con el uniforme informal
atempera su juvenil talle afroditita.
Amparada en un sombrero de paja toquilla,
el rostro rociado de crema veraniega,
sufre el jornal esquinero de la luz roja.
Ella brinda a los pasajeros su mimo comercial,
aunque de repente realmente ríe y se sonroja
soñando con el amor a galope en un rocinante glacial,
aquel que recibiría luz verde en su espíritu acorazado

y la quite del festín de ardiente asfalto
sazonado con los despojos de hidrocarburo.

El vacío de la vulgaridad frente a la tragedia de la genialidad...

Bella Itinerante,
ave de urbe sulfurosa,
presta a reinar en el hedor callejero.
Embarnada con el perfume Cómprame
se propone hollar el ápice del pico Consumismo,
tan arriba como la deje el ascensor Prosperidad.
Flor de rascacielos donde anida la demanda,
los adquirientes del producto imprescindible,
que facilita su bonancible careta
entrenada en abrir cerrojos de oficina.
Voz diplomada en el arte de ofrecer
justo lo que otro necesita;
vendiendo el objeto de su adicción
momentáneamente satisface al parlero,
quien al cabo del día la puede parquear
en el paraíso artificial de sus desvelos.

El vacío de la vulgaridad frente a la tragedia de la genialidad...

Cometida, Canción del pirata urbano, con el aporte musical y beneplácito del jefe de la manada de lobos que dirigió el coro palaciano, el peregrino da empiezo formal a la velación de las vetustas herramientas de subir, suceso que se prolongará hasta que oriente expulse sus lenguas de fuego despertando a occidente, y con el silbido del viento húmedo y suave de la mañana finiquite su estancia al pie del castillo de Galadriel.

Augura que está noche valdrá como si hubiese hecho mil jornadas de la vigilia que manda a sufrir el código gótico previamente a una incursión en las torres de la locura. Apenas reviente el sol del nuevo día recogerá el campamento y descenderá a caminar por la llanura, andará lo que

dures toparse con el familiar Rocinante, de Lovochancho, y de sus cálidos lomos sólo se apeará para abrazar a sus canes que en tropel saldrán a darle la bienvenida saltando del bosque hogareño de arrayanes. Tumbado en el portal de las hamacas del nicho biológico que renta de por vida al volcán Pululahua, rumiará a discreción el banquete de sensaciones de su velación de armas. Las novedades que proveyó la doble y única piel harán el relato fantástico que Lovochancho no se irá de vuelta a su mansión guangopolera sin escucharlo de los labios del peregrino, y él no hará otra cosa que contarle lo que vio, oyó y olió como huésped privilegiado del Cíclope.



VOCES EN LOS CUARTOS DEL ANFITRIÓN

Filtrándose por los respiraderos del volcán, va recordando nitidez la conversación entre el Cíclope y Krizofilax Equinoccial. Ellos vienen sosteniendo un diálogo desde que el sol desmayó en la sabana del Pacífico. Antes ha escuchado otras voces como la de Adelaida cuestionando patidifusa, angustiada, bordeando el planeta de las lágrimas, al matemático Lovochancho. “¿Cómo es posible que un racionalista hable de dragones y otros seres mitológicos como si yo los viera? ¿Muéstrame dónde están los dragones de Kantoborgy, o tus mentados seres extraños, para yo también admirarlos y entrar sin vergüenza en sus carcajadas?”. Y Lovochancho encargándose de que Adelaida -quien se precia de acatar religiosamente los mandamientos del libre mercado- se quede al menos unos minutos inquieta y reflexione, le contesta: “Los dragones de Kantoborgy están en su mente, y mis seres extraños se alojan en la mía; tus criaturas no existen porque no quieres inventar nada contentándote con ser un informado cadáver, una practicante nihilista”.

El encarnado Cíclope y Krizofilax Equinoccial, se encuentran voluntariamente sometidos a una serena tensión departiendo sin disputar, confluyendo en silencios que se interrumpen con sendos *cof, cof... ejem, ejem*. Esperan el aterrizaje del superior de los dragones en el puente de mando de su velero, quien decidirá la suerte de su desconocido vástago. Mientras, ellos dos, ya se comunican como viejos amigos; superada la incomprensión que los separaba, al cabo convinieron en cómplices de la apuesta que persigue detonar el sentimiento paterno de Aleph Dark, cual vendrá a esgrimir su poder y, si es necesario, a latigazos de fuego corregir la debilidad mundana de los cinco grandes fonómicos, y que vuelvan a ser regios custodios de los bienes de Gea.

Cíclope ha desterrado de su faz el despectivo mohín de antaño que le merecía la vista del dragón mutante escurridizo. Fue testigo del arribó del inerme cachorro de dragón, recién destetado, y lo dejó crecer en sus predios en un acto de respeto y cariño hacia Pangis. El proyecto de dragón no acudió a su protector nunca, supo sobrevivir solo, supo mimetizarse en las dunas que tomaron su nombre. Largo tiempo le fue indiferente su presencia al Cíclope, hasta que sobrevinieron los celos enfermizos del enamorado. Krizofilax Equinoccial, ha venido siendo un vividor nato de cara a la muerte; aprendió a beber del elixir del superpáramo sin alzar el vuelo de las faldas surorientales del volcán que pasó a ser su padre nutricio, pues, a pesar de su hermetismo para con el hijo de Pangis, sus jardines le proveyeron de todo lo que necesitaba para crecer sano y fuerte. Cíclope enmendó después de su feroz arremetida contra el joven dragón, cuando constató que estaba lejos de enfrentar a un pusilánime cualquiera supeditado a su habilidad para desaparecer. Su inventado rival resultó un maestro de respeto en supervivencia. Krizofilax Equinoccial se negó a abandonar los despojos de su paisaje infantil arrasado por el celoso impertinente, emergiendo intacto de la ceniza y la

escoria volcánica, dispuesto a reverdecer en el aislamiento de las nuevas dunas que brotaron más grandes, succulentas y dadivosas que antes.

Siendo que en el Antropoceno -la era de la rapiña *Homo sapiens*-, al más alto y poderoso de los volcanes activos de Gea también le está tocando su parte, no está para darle lecciones de inexpugnable a un ser que inteligentemente aparentaba debilidad. Cíclope, con esa premura de sus neveros esfumándose, va asomando desmelenado, de esto que ya no abriga prepotencia ante las atrofiadas alas del joven dragón, y más bien ha echado de ver que en esa singularidad reside buena parte de la fortaleza de Krizofilax Equinoccial. Allende que su poder magmático permanece incólume, aun el decano de los medios al servicio de una patria boyante, el muerto viviente Boca de Sapo, se ha condolido desde un balcón ahumado de La Medusa Multicolor por la transfiguración que vive la fachada del volcán que de Cíclope va para doctor Araña. “Efectivamente, conciudadanos, al inveterado Cíclope le están brotando ojos a troche y moche debido al repliegue de sus glaciares; su piel nívea paulatinamente va siendo tomada por exangüe arenal...”.

—Cof, cof...

—Ejem, ejem...

—Entonces he de dirigirme a secas a los ojos de mi padre y expresar ópticamente, ¡mucho gusto, encantado de conocerte, Aleph Dark! —observó Krizofilax Equinoccial animado, y añade—: De hecho me fascina el nombre que tiene padre, suena intergaláctico; ¿qué me dices?, mi nunca suficientemente ponderado Cíclope.

—Lo que viene de Aleph Dark y Pangis es rigurosamente majestuoso. Tu madre lo nombraba así, con tu misma entonación, usando esas vibraciones que lo derretían. Los otros dragones, que han venido fungiendo de fantoches al servicio del tiempo de desprecio *Homo sapiens* a la naturaleza salvaje, no se atreven a dirigirse a él con esa familiaridad porque los fulminaría de un fagonazo; los tales “cinco gran-

des”, tienen que anteponer un calificativo, como “imbati-ble”, para dirigirse a Aleph Dark, y sin osar clavarle sus ojos de frente, manteniendo la mirada de soslayo hacia el rostro imponente del principal. De su hermosura espantable apenas queda debido a su adicción al rectángulo maldito de los perioverborreos; ahora andan cenicientos, bizcos, medio ciegos y mudos, amén de parcialmente sordos y casi estúpidos por la negación sus propios valores. En dos palabras: ¡fonomímicos totales! —replicó divertido Cíclope, envuelto en un guiño de confianza hacia Krizofilax Equinoccial.

—Ya dije, nos lanzamos al todo o nada; *el placer es mío, Aleph Dark...*

—Que lo llames así, con tus altivas vibraciones de montañés, al par que le infieras tu límpida mirada de verdes pardos encendidos, viene a ser el grueso de nuestra estrategia para que el impacto de tu mutación se canalice en poder psicobiológico. Concretamente, apuntamos a que la mente de Aleph Dark se cargue con la imagen de su amada dragona que se desencarnó sin transformarse en una lacra del tiempo, se hizo mental o sea indestructible ante el tiempo. Y que la olvidada poesía en lengua vernácula de los dragones lo acometa, quitándole espacio a la duda cuando mire en tus ojos y sepa que heredaste el pragmatismo de Pangis, y se llene del sosiego que ella le transmitió al encarar su desencarnación.

—Eso está harto entendido, mi escudo protector consiste en explotar la presencia latente de mi madre en el alma de Aleph Dark. Sólo lograré activar correctamente mis defensas si ella se refleja en mis ojos como en un espejo de agua de vertiente; así hemos quedado en actuar sin fingimientos puesto que apenas, en todas estas centurias de vivificante soledad, únicamente he podido ver en el mundo aún silvestre que te rodea. Mis ojos no han investigado en las sociedades de los hombres, instintivamente me he mantenido fuera del estragado trajín de sus colmenas, aguardando que se revele mi destino como algo más que un divertido vivir. ¡No me quejo! He sido explorador desde que me colocaron

en tus faldas, no me he cansado de ser un vividor entre las especies que vimos desaparecer y las que sobrevivieron; y en esta hora, tú y yo, por fin hemos confluido, aunque nos esté vedado un entendimiento en el arte de las persecuciones que a la postre fue mi escuela y recreo junto a los lobos de Galadriel.

—Me consta, joven, me consta..., en mis barbas te convertiste en un genio del camuflaje, tanto que desde mi último arranque de celos ya no hago el menor esfuerzo para ubicarte con los ojos que me están brotando por todos lados por obra de la atroz calvicie tropical que me ha caído, tan pronto, ¡por Gea!... No estaba preparado para que me dé este mal estético así de súbito, apenas después de la desaparición de Galadriel; como si fuese una maldición se ha ido desfigurando mi porte simétrico que viste desde tu niñez. Dentro de poco seré un purgatorio de arena ferruginosa, y vas a tener que llamarme, de tantos ojos que rodearán mi testa, doctor Araña.

—¡Jamás voy a osar mentarte de otra forma, oh venerable Cíclope! Ya vendrán nuevos heleros a copar el vacío de los sacrificados —se apuró a replicar Krizofilax Equinoccial.

—Desengáñate, joven dragón, los glaciares de ayer no se repetirán, son irremplazables, nunca tendré de regreso la estampa mítica que se va... Seré otra cosa, los siglos subterráneos no fluyen en vano. Sin embargo, lo mío visible, es una formalidad que no afecta el verdadero poder que guardo kilómetros adentro de la estética fachada. Y hablando de ayer, decía que aprendiste a mimetizarte de estampía en los pardos verdes de tus dunas, cosa que no te cuesta nada desaparecer cuando detectas la risa de los bípedos exploradores, cuales, aburridos de la rutina ascensionista, se atreven a indagar en mis zonas ocultas en provecho de su imaginación.

—Ciertamente, Cíclope, en la suerte evolutiva debes aprender sobre la marcha el arte del aislamiento o estás extinto a poco de nacer. Mi evolución psicobiológica echó a

rodar a un ritmo frenético de ensayo y error, desde el segundo que fui abandonado me hice cazador de roedores. No lloré a madre porque cargo en mí su valor y ojalá también su sabiduría, además supe que había una mirada protectora sobre mi destino aparentemente inhóspito, tu ojo ubicuo no me dio de comer pero me enseñó que debía atrapar de tu despensa mi sustento. Procuré obtener aceleradamente las habilidades que han hecho me acople a un mundo donde no tengo par: nací mutante por los designios de Gea. Ahora comprendo que ella me preservó para una tarea en el inmediato futuro de los dragones, aunque no sé cuál será mi acción concreta en ese afán.

—Presiento, joven dragón, que te tiene reservado ineludible deber: devolverles la capacidad de asombro a los dragones alienados por el genoma de lo fácil, convirtiéndose en carroñeros de megalópolis. Éstos, apostados en las sebosas greñas del pico Consumismo, rodaban al festín de la prisa histérica por destruir su propio futuro —recalcó Cíclope dirigiéndose a la barra donde sirve, del gigantesco tonel de reposado Aguardiente Agustino, un trago corto, en un copetín de plata, para Krizofilax Equinoccial. A su vez, el anfitrión, carraspeando de dicha, llena hasta el borde su cratera helénica de a litro. Regresando con las desiguales porciones de reposado aguardiente, antes de pasar gozosamente por el gznate el descansado fruto de las verdes matas de quinta San Agustín, hace un brindis de rigor—: Te puse medido, en este copetín que sólo será tuyo, para que vayas iniciándote lento con nuestro elixir dionisiaco; ahora, como dicen los bardos de los altos Andes ecuatoriales, repite conmigo: ¡Saludcita!... Y, por Gea, que no nos patee el *Homo sapiens*.

—¡Saludcita!... Y, por Gea, que no nos patee el *Homo sapiens* —repitió complacido Krizofilax Equinoccial, sin comprender del todo esas palabras y el sentido ritual de la libación, pero ya extasiado con el talante poético del Cíclope.

—Ejem, ejem... He aquí mismo, vía corredor de las hamacas de quinta San Agustín, el jardín botánico de

Malacatos: el mar de verdes matas del saqueador Morris, la esencia de valle subtropical expandiéndose en mis cuartos y en mis entrañas. ¡Carajo! ¿Así habrá dicho el bardo principal de la cofradía de Los Alverjeros, J. M. Riofrío, o lo acabo de inventar yo? —repuso el Cíclope tras los efectos de la libación, asumiendo que de sopetón ha ingerido una época de aires y visiones dionisiacas.

—Cof, cof... Maestro, me has honrado con tu gentileza de anfitrión de alcurnia. No exagero, casi veo lo que tú ves, a poco de haberme hecho partícipe de este ritual amistoso entre bardos de todas las eras. Jamás he sido homenajeado con tal esencia del valle subtropical que no he pisado.

—Y eso que empezaste con un buche de catador nomás, y casi empatamos en nuestras visiones; ora, no se diga si te pasas por el gznate la medida de mi crátera, acabarías creyéndote volcán y te infartarías del gusto, erupcionando hasta derrumbarte inerte.

—Ahí tienes, bondadoso Cíclope, que oigo un remedo de música, digamos que una especie de melodía hilariante; si habrás escuchado en tus laderas, los lamentos de Lovochancho subiendo la cuesta en ayunas: *Renaceré volcán para abrasarte con mi fuego...*



ATERRIZAJE

Aprovechando el mutis del viento del norte, la manada de cánidos, al unísono, se echó a aullar. Los lobos emiten un largo gemido, como ensayando el solo de trompetas que se da con el cambio de tercio en la fiesta brava, para ir a la suerte de matar. El huésped de Galadriel figura que esta vez, las trompetas lobunas, anuncian el indulto del bicho sentenciado a muerte, zafándose éste de su sacrificio en la plaza del arte del engaño.

De repente enmudecieron los lobos para que el peregrino atiende el portento. Aleph Dark, comandando a sus decadentes dragones, viene aproximándose desde el norte en formación de escuadra. El conjunto de dragones se asemeja a un cometa rasante que a su paso va apagando la luz de los candiles apostados en las cúspides de las montañas. Rebasando la cima del Pasochoa sobrevuelan en un santiamén el tramo final del mar de nubes y se contienen con la magia de su estirpe sobre el cráter del Cíclope.

El peregrino, petrificado de dicha y espanto, observa como esos seres míticos vibran con sus alas extendidas conteniéndose en la boca del volcán, lo hacen con una delicadeza que no provoca deslizamientos de las placas de nieve ni derrumbes de los seracs y, antes de perderse en la caldera, emiten una música sublime como si con ella estuviesen llamando la atención del anfitrión. También podrían ser naves de combate sidéreas que hacen la pausa de cortesía, aguardando la aquiescencia del dueño de casa para aterrizar en el vestíbulo y que luego sus tripulantes ingresen marcialmente a los cuartos principescos del Cíclope. El tiempo se ensanchó ante el testigo, permitiendo que los segundos se congelen en la figura mítica de Aleph Dark. La atención de sus sentidos fundamentalmente se concentró en el dragón que eclipsa a sus subordinados congéneres, cuales asoman insípidos frente al poder que despide su líder, como si fuesen lúgubres cuervos septentrionales escoltando al ave del paraíso, *Rey de Sajonia*. De esto que la compañía de los cinco dragones no lo arroba, aunque reconoce en aquellos a la comparsa necesaria que sirve para agigantar el continente del principal; y es por esa diferencia que hasta aquí han llegado innominados los que olvidaron sus respectivos nombres por su veleidad.

Tal como el porte feroz de Aleph Dark lo mueve al escalofrío y parálisis de temor, su tamaño iluminado lo embelusa y cautiva al mismo tiempo, es una belleza terrible y serena la que apagó el reverbero del Cíclope con su gi-

gantesca iridiscencia. Todo él despide aires de poder avasallante aunque sus vibraciones están cargadas de ecuánime conocimiento, producto del milenarismo aislamiento en el refugio que halló en la Antártida para sanarse; de esa nívea soledad en el continente helado, surgió renovando el arco iris de su coraza imbatida. Purgando su dolor por la desaparición de Pangis, propicio el renacimiento de sí mismo.

Los otros cinco dragones perdieron sus dones en la alienación consumista *Homo sapiens*, y eructando a cadáver fueron debilitando su figura de guerreros al servicio de Gea. Cediendo a una rutina decadente fueron revistiéndose a imagen de los populares gallinazos mediáticos, de éstos aprendieron a hacer de la vacuidad un estilo de existencia, maquillando el vacío con la información histórica, rellenando la escasez de pensamiento reflexivo con simulacros de luz interior. En los “cinco grandes”, la otrora belleza dragonil, se trocó en cianosis escamosa; de soberbios guerreros planetarios pasaron a fonomímicos callejeros: tiesos y empaquetados en sus trajes de fatiga carroñera, se tiñeron con el gris del pensamiento calculador de los imagólogos. Inoculándose el genoma del ansioso *Homo sapiens*, al cabo de un soplo en la edad de Gea, asomaron irreconocibles, casi desprovistos de su gracia mitológica. A los ojos de Gea aparecieron degenerados, repugnantes, pellejados, fofos, estacionados en la mueca mercantil del Antropoceno.

Aleph Dark se presentó integralmente encantador. Sublime cimarrón, a semejanza de los dioses góticos. El dragón vino revestido de una coraza de escamas lanceoladas, su milenaria juventud despidió por instantes las tonalidades del arcoíris. Todo él fue gracia y poder desde los descomunales maseteros a las extremidades en levitación. Aleph Dark apagó con su iridiscencia el último fuego del volcán, el iris almendrado de sus ojos no se extinguirá en la mente del peregrino. Si tuviese que hacer una sucinta descripción de los colores de Aleph Dark a la luz de las horas de la mañana ecuatorial, diría que tiene la cabeza celeste, el tronco

turquesa, las garras tirando a castaño y una cola bermellón con punta de flecha azabache.

Cuando enfocó la ascensión de Krizofilax Equinoccial, haciendo la directísima a la cumbre, y luego escuchó (a través del eco que viaja por la red de ductos de la mole andina) parte del diálogo inicial entre éste y el Cíclope, pensó que la cita de los dragones se podría dar desde la medianoche a la alborada del nuevo día, y no comenzando en la velación de las armas y apenas apagado el fuego crepuscular que duró tanto en la cresta de los picos andinos circundantes. Esta aparición vibrante del Aleph Dark que alimentó en su mente desde de la infancia, lo tiene fascinado. Creyó que por haber manejado al dragón en su imaginación, sujeto a la placidez de hamaca de su hogar, si éste “realmente” se presentaba no le iba a tomar por sorpresa. Sin embargo, no redujo su capacidad de asombro por haberlo imaginado antes en su lar del Pululahua, fue pillado por el portento sin que actúen los amortiguadores del ensayo. Se halla tal como el soldado que intempestivamente en su insomnio, convaleciente sobre un catre de hospital de las heridas que le produjo la batalla naval del estrecho de Lepanto, atestiguó el coloquio entre los canes Cipión y Berganza, a cuales, en un punto bajo la bóveda celeste, el hado les concedió un don nocturnal, que consistía en usufructuar hasta el amanecer del lenguaje cervantino y dejar a la posteridad su diálogo.

Aquí, él, Kantoborgy, también será favorecido con el carácter de invitado oyente de la convocatoria de los Dragones de Gea, será el llamado a dar testimonio de cómo se fueron aunando las circunstancias desde que entró al tiempo mágico de la ruinas para que culmine con este fenómeno dragonil. Nunca retuvo más que ahora en sus velaciones de armas en las ruinas de Galadriel, asume que es debido a la conjugación de adioses que se dan cita en él tras el lustro que va a concluir atacando los diedros que, benditos por la feroz dificultad que cobijan, se han librado de ser apetecidos por las caravanas que producen “iluminados himalayistas”.



HALLAZGO FILIAL

Aleph Dark aterrizó elegantemente, en caída de hoja, en el vestíbulo de la mansión del Cíclope, luego le siguieron ordenadamente los otros cinco dragones. El velero de Krizofilax Equinoccial sigue el curso fijado para la jornada de la revelación de sus lazos de sangre.

La noche bañada de luna borró todo vestigio del persistente incendio crepuscular. El páramo que circunda al monte Cotopaxi, se compenetra con el escenario del hallazgo filial. La cordillera aguza los oídos en el afán de captar nítidamente las vibraciones que el conjunto de dragones emite; por los corredores del subsuelo andino resuena el saludo rítmico que los invitados le dedican al anfitrión ni bien los invitó a pasar. Tal armonioso infrasonido de los huéspedes provoca controlado seísmo en los valles primaverales de la Avenida de los Volcanes; el subterráneo temblor no afecta a los neveros del Cíclope, no se producen aludes ni sufre resquebrajamientos el entramado de las caprichosas formaciones de hielo, más bien sus vertientes han plegado a la melodía de los huéspedes con su propia música pétreo.

Cesando la eufonía de los Dragones de Gea en homenaje al convidante volcán encarnado, transcurrido el silencio lapidario que se posesionó en el ínterin, retorna el lamento de riachuelo del glaciar yéndose a un imposible mar de sargazos. Ya los ojos espaciales de Aleph Dark se posan en los terrestres de Krizofilax Equinoccial, intercambian sus miradas dando una vuelta al rueda de la sala lunar, como si el sujeto llamado a ser sacrificado tuviese el privilegio de trabar conocimiento telepático de su verdugo antes de caer matado.

Aleph Dark, leyó en la mente de su vástago la cordedad de su estancia en tierra. Paseándose en la infancia, niñez, pubertad y el par de siglos que lleva atendiendo su primera juventud en el volcán que ha sido su padre nutricio. Las dunas se constituyeron en su nicho biológico,

donde ha permanecido ininterrumpidamente, cual rémora del Olimpo. “Desde que madre me dejó al pie del volcán, he succionando vida del seno infatigable de Afrodita celeste...”.

A su vez, Krizofilax Equinoccial, vertiginosamente repasó la eónica travesía de su progenitor en las eras de Gea. Sus ejércitos de células de la memoria entregados a la amnesia se fueron despejando y, lo que le venía borroso como en un sueño de acuarelas grises, se aclaró: la noche se hizo día y las imágenes del conocimiento que heredó de sus padres inundaron las celdas de un pasado que él creía vacío de mundo. Recuperando el pretérito diario de sus ancestros, ganó el presente de los dragones, se igualó a pasos de Hermes con el fondo y la forma que debe integrar a los de su estirpe.

Cíclope, trémulo de subterránea euforia, observa que la estrategia del mírame-mírame que recomendó a su pupilo está reventando de la manera anhelada y, echando lastre de la carga emocional que le produce el notable suceso, expele fogoso suspiro que emerge por los respiraderos del volcán, un silbido eufórico brota de todas las bocas de sus laberintos, avisando a los animales andinos que el joven dragón está a salvo y en paz con su padre. Aunque conocedor que Krizofilax Equinoccial no hubiese tenido la menor oportunidad de defenderse ante una agresión física de Aleph Dark, apostó a lo que no ha desgastado el joven dragón en su hábitat: la integridad de su linaje, reflejado en los ojos que heredó de Pangis.

Y dado el básico cruce de información entre padre e hijo, quedaron a punto de inaugurar inquietante amistad. La escolta dragonil, sí tuvo que encajar paralizante bofetón visual que les infirió su líder, apenas hicieron conato de mofarse de las mutaciones terrestres de Krizofilax Equinoccial. Aleph Dark, al término de su hibernación en la Antártida, encontró despojos de dragones que este momento, al lado del mutante, no lucen por inercia. Los pardos verdes, que pigmentaron la piel del joven para mimetizarlo en el labe-

rinto de dunas del pajonal andino que hizo su hogar, reverberan en el claro de luna, equiparándole relativamente al porte de su progenitor. A la legua trasciende la capa de fealdad que adquirieron “los cinco grandes” en las fantásticas instalaciones de los imagólogos; la mueca hipócrita que se les pegó de esa bahorrina no les abandona, a pesar que se esfuerzan por remitirse al rostro templado y al lenguaje épico del que gozaban antaño.



DRAGONES DE GEA

Acto único,
escena irrepitable.

(Cíclope, Krizofilax Equinoccial, Aleph Dark, los innombrables)

CÍCLOPE *(habiendo concluido la vital intercomunicación entre Krizofilax Equinoccial y Aleph Dark, éstos, con sereno talante y gesto amable, lo invitan a departir en mitad del principesco salón bañado con la generosa luz que dona la luna. Acercándose a ellos, aún estremecido por el impacto del hallazgo filial, el Cíclope muestra su alegría):* —Ejem... ejem..., parece mis dragones que todo está ocurriendo como a Gea le encantaría que se dé. No puedo reprimir el goce íntimo que me posee puesto que aposté por este encuentro; confieso fui cómplice, y ferviente encubridor, de nuestra madre para se haga realidad esta escena que ustedes dos protagonizan. Es hora asuman su deber de guardianes de Gea. Ambicionaba un desenlace así de sensato de su mutuo hallazgo, pero no imaginé que se daría tan velozmente y con este derroche de aristocracia dragonil. He sido privilegiado aquí, en mi cueva iluminada por los luceros, con el padre y el hijo insospechados identificándose ipsosfacto.

KRIZOFILAX EQUINOCCIAL.: —Cof... Cof...

ALEPH DARK: —Hummm...

KRIZOFILAX EQUINOCCIAL (*desinhibido*): —Fue, oh venerable Cíclope, como si no nos hubiese separado nunca el hado...

ALEPH DARK (*aliviado*): —Así vino a ser de espontánea nuestra conjunción, sin que me haya preparado ápice para ello. He pagado por mi soberbia, estoy en paz conmigo mismo una vez que a través de ti, hijo mío, Pangis me ha dado otra lección de esperanza que la acojo con humildad en tus regios aposentos, oh magnánimo Cíclope.

CÍCLOPE (*divertido*): —Aquí estamos dos que hemos purgado largo trecho, dos enfermos de amor convalecientes. Y alguien que yo creía débil nos abre el camino a la reanimación de los Dragones de Gea... Pero, ¿no será hora de que los integremos a nuestro círculo a los innombrables? Entonces, Aleph Dark, una vez que la suerte jugó a nuestro favor, podríamos hacer la necesaria introducción social de Krizofilax Equinoccial ante tus subordinados, y cumplir luego con el propósito de fondo de la convocatoria que les hizo nuestra madre.

LOS INNOMBRABLES (*murmuran a la defensiva, formando un corro con sus alas cubriéndose entre ellos como un paraguas contra el diluvio universal. A prudente distancia del líder se cuestionan la impensada comunicación que cerró éste con el dragón mutante, encajando un certero golpe a su vanidad porque de entrada se vieron superados por la belleza y talante del intruso, quien, por añadidura, tiene al Cíclope como su padrino*): —¿Qué es esto, nuestro supremo jefe le permitió toda clase de confianzas a ese mutante de alas mochas, no lo decapitó de un golpe por su atrevimiento, y el tal lo mira a los ojos de frente como si se tratase de su par y no del dragón principal?

KRIZOFILAX EQUINOCCIAL (*posando sus ojazos de pajonal reverdeciendo en los dragones agrupados como un puño, formando un conjunto esperpéntico a la sombra lunar de su rincón*): —Bien dicho, venerable Cíclope, estoy ansioso por ser introducido a los otros dragones, así salimos de malos malos entendidos y no damos más espacio a la murmuración.

ALEPH DARK (*regalando el mohín picaresco que hace mucho no le brotaba de sí —mismamente desde que su faz se estancó en un*

rictus de amargura tras el deceso de Pangis-, bromea a costilla de los innombrables): —A la verdad, hijo mío, no te recomiendo te acerques mucho a ellos, son impresentables.

LOS INNOMBRABLES (*ya de acuerdo para intervenir en la reunión como una sola voz, haciendo acopio de valor, se dirigen al unísono a su líder, lamentándose): —¿Acaso apestamos más de lo usual, imbatible Aleph Dark?...*

CÍCLOPE (*exhibiendo su porte amable, moviéndose al compás del eximio conciliador que emergió después del afortunado lance familiar, acercándose fraternalmente a los taimados dragones que mancillaron sus nombres guerreros y por ello no se los menta individualmente, se apura a tentarlos a beber del clásico Aguardiente Agustino reposando en descomunal tonel): —Decíamos que primero está mi obligación para con mis ilustres huéspedes, luego es menester que mojen sus fauces con el elixir legado por la molienda de Dioniso. Habiendo saludado por la reconciliación, estaremos en condiciones óptimas para atender lo imprescindible de este concilio: el ultimátum de Gea, quien me solicitó funja de moderador y así me lo ha reconfirmado, apenas ingresó en mis aposentos, Aleph Dark. ¿Conformes, muchachos?*

LOS INNOMBRABLES (*agazapados en un susurro, buscando que el anfitrión les responda discretamente, procurando que éste no levante la voz en el acústico domo): —Candente Cíclope, nosotros estamos conformes y agradecidos con tu palaciega hospitalidad... Pero, por nuestra madre, te imploramos nos pongas al tanto de lo que sucede aquí; ¿quién es el joven mutante que se ha tomado tales atrevimientos con nuestro supremo dragón y no se humilla ante él como nosotros jamás dejamos de hacerlo? Ya que nos han cerrado el acceso a sus fuentes telepáticas, al menos dignate a informarnos sobre la filiación del barbilindo que nos opaca con la venia de nuestro conductor... ¿Por Gea, qué aires se trae el muchachito con nuestro señor Aleph Dark, y se lo queda mirando tan campante a los ojos! ¿Qué fue eso de... “hijo mío”, lo alcanzamos a oír patente en lengua vernácula?*

CÍCLOPE (*fuera recato, ya voceando peripatético en el opalino mármol de su cilíndrico hogar, dando rienda a la emoción que lo aligera y lo llena de esplendor*): —Sosiéguese de una vez ustedes cinco, basta de balbuceos y resquemores infundados, no más adivinanzas en mi lugar, he aquí la verdad ilustres cofrades. He sido un orgulloso colaborador de la apuesta que hizo Gea, a saber: integrar la fuerza de Krizofilax Equinoccial con la de su progenitor, Aleph Dark.

LOS INNOMBRALES (*sueltan un gemido seco de admiración; desplegando sus alas en una formación de alerta, atinan a cuestionar respetuosamente*): —¿Este bello joven es hijo del invicto Aleph Dark?

ALEPH DARK (*aullando jubilosamente*): —¡Sobre todo es hijo de la sin par Pangis; es el heredero de sus ojos y su mente!

CÍCLOPE (*aplomándose más aún, convencido ya de que su jugada maestra tiene vía libre en este presente y en el futuro*): —Eso mismo, y se llama Krizofilax Equinoccial. Él arriesgó a sabiendas de que si su intuición fallaba moría en los colmillos de su padre, pero eso no hubiese sido lo peor sino que con su sangre se firmaba también la desaparición de ustedes, los Dragones de Gea. No había otra forma de remecer sus conciencias y hacer que despertaran, pues, estamos ante la disyuntiva del eclipse total o el renacimiento de los Dragones de Gea. De esto dependía que el conjunto de guerreros reivindicase su primigenio código vida, apartándose de una vez de la abominable postración que les trajo el Antropoceno, la era del fonomímico y su habilidad neuro-lingüística para la destrucción planetaria. No es ocasión para la coba ni la dubitación mis gentiles amigos, aquí se acaba de dar un paso fundamental hacia la creación de “los valores de Gea”; de esta sala, de ustedes mismos, brotarán. Dos fuerzas se acoplaron en mutuo beneficio de sus diferencias y distancias, allegándose a este punto para constituirse en poderes complementarios. Padre e hijo se identificaron naturalmente, luego, el sensible cruce de información básica de sus respectivas mentes, hizo el resto. ¡Salve Krizofilax

Equinoccial, benjamín de los Dragones de Gea, retoño de Pangis y Aleph Dark!

Tras el revelamiento de la identidad del mutante terrestre, un expectante silencio dragonil se tomó el palacio del anfitrión. El Cíclope, con el permiso de sus huéspedes, se retiró a la preciosa barra de cedros bíblicos, procediendo a llenar con el reposado Aguardiente Agustino las cráteras de a litro que repartirá a los maduros dragones. Reservando el copetín de plata para Krizofilax Equinoccial, en función de que éste siga aprendiendo a usar al genio de las verdes matas con criterio propio, cuidando que más tarde no degenera en un borracho lunático. Ya colmando los respectivos recipientes, se aproxima a sus invitados con la sonrisa de un anfitrión que se precia de su carga bendita. Reparte las copas rebosando con el espíritu del jardín botánico que nace de los valles andinos subtropicales. La música de las copas rompe el mutis, y los dragones innombrables de a poco se aproximan al joven mutante que no sólo venía agraciado en lo aparente, sino que fundamentalmente poseía una sangre aristocrática sin parangón en su antiquísima raza.

CÍCLOPE (ceremonioso): —Ahora sí brindemos con propiedad por el recién incorporado: ¡Salud tenga Krizofilax Equinoccial!

ÁLEPH DARK (resplandeciendo bajo los luceros que titilan tras el domo transparente, se dispone a beber de la esencia de quinta San Agustín): —Ya que así te han nombrado por estos lares del Cíclope, tu padre nutricio, asimismo te saludo vivamente: ¡Salve Krizofilax Equinoccial, tú eres de los míos!

LOS INNOMBRABLES (sobreponiéndose a su esperpéntica pose ganada a mordiscos en el rectángulo de la liga de fonomímicos, envalentonándose con el banquete de sensaciones que les deparará el añejado aguardiente, se aprestan a engullirlo de golpe): —¡Salud, Krizofilax Equinoccial, también tú eres de los nuestros!

KRIZOFILAX EQUINOCCIAL (fraternalmente, resignado a beber de su copetín de novel catador): —¡Salud Cíclope, salud padre, salud hermanos en Gea!

Agradable ensueño cunde en la morada del Cíclope por efecto del Aguardiente Agustino, ingresando en el íterin el regocijo y la calidez de los aires de la molienda de Dionisos. Las instalaciones del anfitrión son poseídas por lo perfumes de la senda de ciruelos del valle que domina el corredor de las hamacas de quinta San Agustín. Ya rebuzna el rey de los onagros del cerro de La Mina, anunciando que los sembrados de caña dulce se expandirán en los corazones dragoniles. La contundencia del añejo caldo aúpa la intención de la maniobra magistral que constituyó la súbita presencia del vástago de Aleph Dark, aquél que se creyó muerto cuando Pangis volvió vacía de su solitario tráfago de maternidad en un oasis del desierto de Gobi -¿o quizás fue en un remanso del desierto del Kalahari?-, retornando con la infausta noticia de que el bebe dragón no había sobrevivido al destete. Lo que pudo ser un baño de sangre que socave definitivamente el poder de los dragones, por arte del ambiente que añadió el elixir de las verdes matas, va tomando el cuerpo de una reunión a imagen de la cofradía de poetas de la Casa Azul.

CÍCLOPE: —Me quepa el honor de declarar inaugurada la convención de dragones. El tema único es levantar los valores de Gea.

LOS INNOMBRALES: —¡Viva Gea impoluta!

ALEPH DARK: —¡A moderarse corazones de alas decadentes! No estamos aquí para tolerar los bramidos de ebrios lunáticos.

LOS INNOMBRALES: —Sabrás disculparnos, lúcido Aleph Dark, nos ha puesto estupendos el caldillo de quinta San Agustín.

KRIZOFILAX EQUINOCCIAL: —Es menester que lo tangible para el alma sea el valor esencial del devenir de las verdaderas civilizaciones de este planeta. Con ese fin superior, qué más nos toca si no compartir nuestra hora de renacer con el bípedo atroz reinante en el purgatorio que no he pisado por mi instinto de la distancia...

LOS INNOMBRALES: —¡Eso mismo, joven aspirante a cráneo privilegiado!... Eliminemos a media humanidad, y

que la otra mitad quede a nuestra merced. Y, por haberles perdonado la vida a esa mitad, que éstos descuenten el favor siendo nuestros servidores incondicionales, y se alistén como soldados de la divina causa de Gea. ¡Hemos dicho!

ALEPH DARK: —¿Muchachos?... No se pongan eufóricos a costa de su doblez esperpéntica aupada por el reposado aguardiente; dicha opción es la utilitaria, la que avalaría un futuro más carroñero aún. Solamente necesitamos de una incandescente repasada a tres o cuatro megalópolis del planeta y nos echaríamos panza arriba a esperar la reacción *Homo sapiens*, el desmadre de las hordas al servicio de los mandantes político-religiosos, los cuales, por fin, cederían a la tentación de entregarse a la gracia de la definitiva conflagración mundial enarbolando las banderas de sus caducos ideales.

LOS INNOMBRALES: —Estamos atentos a tus palabras, oh guerrero de lo formidable e invicto de tus batallas.

ALEPH DARK: —Al cabo de la hecatombe los sobrevivientes vendrían cargados de culpa a cobijarse bajo nuestra sombra, a designarnos como sus flamantes divinidades. Tal escenario me tomó un segundo verlo después de estar sumergido en uno de los tantos basureros nucleares que sufre Poseidón. Empero, el designio de Gea, es no recurrir a la fascinación del Ángel Exterminador, no vamos a fingir que somos dioses sino lo somos. Recapacité gracias a su discurso, y me niego a seguir el camino fácil de la exterminación que, en un principio, cuando constaté lo que han hecho y están haciendo los homininos, fue lo primero que se me vino a la mente: eliminemos a esta especie terrible que en la piel de Gea no pesa más que las hormigas, y sin embargo tiene una capacidad de destrucción abominable.

CÍCLOPE: —Cuánta ecuanimidad encierra tu enfoque, Aleph Dark. También podría decir yo, en mi calidad de primer volcán del cinturón de fuego de Gea, es fácil sacarlos a los tales bípedos atroces de la evolución terrestre. Fíjate vos, si nos conjuraríamos los volcanes contra la humanidad, haríamos una erupción plínica en equipo sepultando sus

seudocivilizaciones, y derrumbaríamos sus ambiciones de hojalata como dar un suspiro. ¿Entonces, qué medida habrá que tomar para que los gusanillos dejen de adorar a la carroña?

LOS INNOMBRALES: —¿Acaso nos convendría mejor seguir el sendero de la siesta y el olvido..., qué dicen ustedes?

CÍCLOPE: —Así nos gastamos un sueño de hamaca y despertarnos en un mañana donde el trabajo de la extinción ya lo perpetraron, contra sí mismos, los propios bípedos dormidos, sin que hayamos movido una pestaña para ello.

LOS INNOMBRALES: —Magnífica interpretación, generoso Cíclope, la aplaudimos a rabiar. Basta entregarnos al arrullo de una siesta y luego nos topáramos con otro paisaje: flamante flora y fauna que abonaron las cenizas del extinto imperio humano.

ALEPH DARK: —Tentadora propuesta, pero no estoy dispuesto a someterme al albur de otro sueño invernal; siendo que al despertarme, fresco y renovado, parecería nos sonría la vida, mas la ilusión de renacer se puede trastocar cuando los sentidos se abran a una pesadilla protoplásmica por doquier.

KRIZOFILAX EQUINOCCIAL: —¡Conforme, no es el momento de dormirse!

LOS INNOMBRALES: —Absolutamente...

ALEPH DARK: —Otra siesta y podría encontrarme conque a la devastación actual, provocada por el mono pensante, la añoraría como a un oasis estando sediento en el desierto de Atacama.

LOS INNOMBRALES: —Vaya metáfora... ¡Frente ancha, luces por doquier, ése es nuestro líder!

KRIZOFILAX EQUINOCCIAL: —La cuestión es cómo preservamos los jardines actuales de Gea de su parásito mayor, antes que apostar por un renacimiento planetario de las cenizas de la especie *Homo sapiens*.

ALEPH DARK: —Por ahí vamos. Figuremos a la osa polar que ha triplicado su grasa para resistir un parto en el agujero

ro de su instante de invernar, parir y amamantar... ¿Acaso, Krizofilax Equinoccial, ubicaste al oso polar en mi reciente memoria?

KRIZOFILAX EQUINOCCIAL: —Afirmativo, lo tomé de tu memoria para depositarlo en mi banco de grandes... ¡hermoso mamífero!

LOS INNOMBRABLES: —¡Y en extinción!

ALEPH DARK: —Figuremos que ella, la osa polar, sufre a un general Invierno ya en degradación, y se duerme abrigada con su vástago consumiendo el suero maternal, maná que jamás repetirá en adelante. De repente, la madre osa, tras meses de gastar su reserva de grasa, salta famélica de su agujero ártico a la primavera, dispuesta a zamparse un ballenato. Y, oh sorpresa, la recibe una primavera insospechada en su instinto atávico, se halla con un calorcito que la entrega a un paisaje macabro: el mar helado se ha licuado y la comida de estación se ha ido con él.

KRIZOFILAX EQUINOCCIAL: —Y a doblar las campanas por la desaparición de otro mamífero más.

LOS INNOMBRABLES: —Mala procesión de hormigas tecnológicas.

CÍCLOPE: —No quieres volver a dormirte para evitar toparte con la nada de los hechos consumados, al menos ahora eres testigo del proceso que está llevando a Gea a la desolación y no puedes eludir la tarea de invertir esa tendencia macabra.

ALEPH DARK: —Mejor se está así, despabilado, constatando que aún tienes capacidad de maniobra para corregir el daño que han provocado los no-valores de la abundancia histórica *Homo sapiens*.

LOS INNOMBRABLES: —Maldito sea el poder de convencimiento de los perioverborreos, nos desplumaron. Ustedes ya han comprobado cómo en un santiamén nos convirtieron a su secta del positivismo irracional, sugestionándonos con lo de “eres lo que ves”, y nos veíamos fantásticos en las imágenes que devolvía el rectángulo televisivo.

ALEPH DARK: —Los entrenaron para detonar la bomba de la estupidez.

LOS INNOMBRALES: —Ponzoñas graduadas de “fonomímico total”, así nos llaman los vates del Callejón del Gato y de la Casa Azul. ¿Por qué nos abandonaste, invencible Aleph Dark?

ALEPH DARK: —Eso digo yo, ustedes son la prueba categórica de lo que hizo una inofensiva siesta en tiempos de tecnolatría.

LOS INNOMBRALES: —Allá, en los foros de cómo ganar amigos vendiéndole el alma al demonio de la rapacidad, nos convertimos en excelentes facilitadores de la sevicia contra las especies que engulle el *Homo sapiens*. ¡Danos autorización, oh supremo jefe, aunque por ello nos taches de cómodos, para incendiar el mundo que nos descorazonó, ese que corrompió nuestra alegría dejándonos cenizos adentro y afuera!

ALEPH DARK: —¿Muchachos?... Olvídense ya de que involucronaron entre los espejos cóncavos del esperpéntico hacer de los imagólogos. Si ustedes retoman el diario vivir de los dragones guerreros y navegan bajo los designios de Gea, en tres siglos y medio, tendrán de regreso a sus colores corpóreos y a la fortaleza de sus reconstruidos corazones.

LOS INNOMBRALES: —¿Será posible volver a ser bellos, fogosos y temibles; y que otra vez seamos dignamente nombrados como individuos y en nuestra lengua vernácula?

ALEPH DARK: —No hay otra opción para los Dragones de Gea, o asumimos rotundamente nuestra naturaleza de seres míticos o sucumbimos en la ignominia de los gusanillos desacralizadores de la vida original.

KRIZOFILAX EQUINOCCIAL: —No vamos a ser condescendientes con la decadencia imperante en la especie *Homo sapiens*, sufriendo la suerte de los miserables de vida. He aquí el reto para los Dragones de Gea.

CÍCLOPE: —¿Aquí ya tenemos un principio de acuerdo...?

ALEPH DARK: —Que así sea, Cíclope, entretanto danos licencia para ingerir otra ronda de reposado Aguardiente

Agustino, y luego abrírnos mutuamente a la modalidad telepática.

KRIZOFILAX EQUINOCCIAL: —La noche es virgen para componer los valores de Gea.

LOS INNOMBRALES: —Absolutamente, joven epígono de Dark y vivo recuerdo de Pangis.



